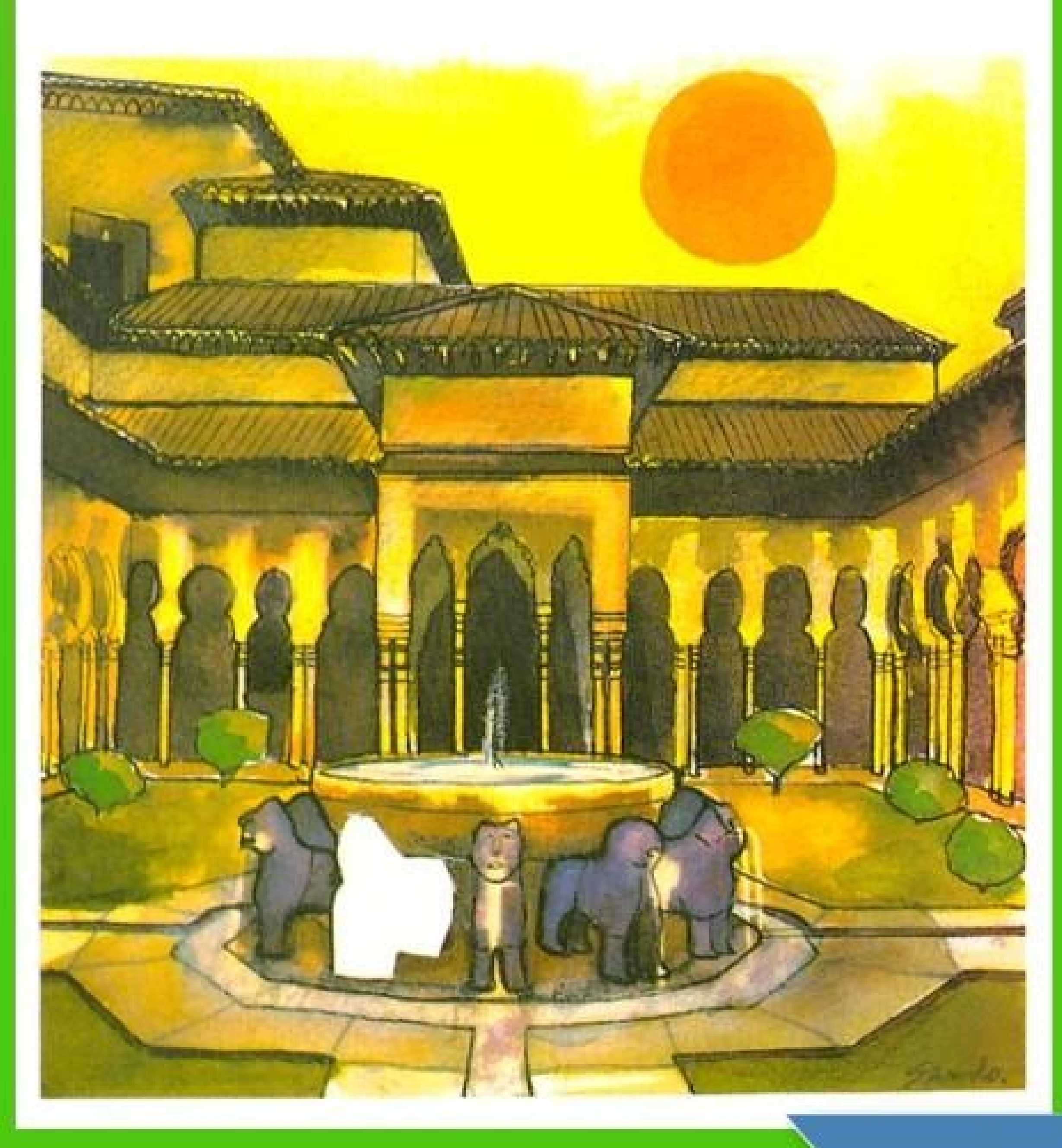
ala delta

Ulises CABAL

EL MISTERIO DEL LEÓN DE PIEDRA



Ulises Cabal heredó de su tío una librería en Granada y un libro titulado *El perfecto observador*. Ambas cosas le ayudarán a explicar la misteriosa desaparición de un león de la Alhambra.

Siguiendo las pautas que marcó Sherlock Holmes, Ulises, con su prima y un grupo de amigos, buscará las huellas de los ladrones.

Ulises Cabal

El misterio del león de piedra

Ala Delta: Serie Verde - 038

ePub r1.0
Titivillus 23.12.2020

Ulises Cabal, 1988
Ilustraciones: Alfonso Sánchez Pardo
Diseño de cubierta: José Antonio Velasco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


A todos los profesores y libreros,
porque cada vez que me han ofrecido un libro
me han abierto las puertas del misterio.

Índice de contenido

Presentación

¿QUIÉN es Ulises Cabal? ¿Cuál será su próximo caso? Éstas son las dos preguntas que, desde hace algún tiempo, me obsesionan.

A raíz del misterio del león de piedra, el periódico me encargó un reportaje sobre el asunto que tanto había conmocionado a la opinión pública. Y en mi investigación fui descubriendo que en la sombra, sin querer salir jamás a la luz, había un personaje singular, cuyo nombre era todo un estímulo para la imaginación. Ulises Cabal. Un simpático librero, muy amigo de sus amigos, discreto y despistado. Eso es lo que aparenta. Pero detrás de esta fachada hay algo más: un detective singular. No se puede hablar de él sin acordarse un poco de Sherlock Holmes, del comisario Maigret, de Philip Marlowe… sin olvidarnos de Arsenio Lupin, Raffles o Rocambole. ¿Hércules Poirot o la señorita Marple? Todos y ninguno. Es Ulises Cabal.

En seguida comprendí que lo mejor era dejarle a su aire. Que interrogándole directamente no iba a conseguir desvelar su misterio. Porque todo lo que rodea a Ulises Cabal es misterioso; desde la librería en la que trabaja y vive, hasta los múltiples enigmas que va descifrando en su peregrinar.

Ulises Cabal —haciendo honor a su nombre de pila— es un viajero. Y yo, discretamente (por favor, no reveléis a nadie mi secreto), siempre le he seguido. Y allí donde ha ido, un caso ha sido resuelto. Primero fue el león de Granada, luego el misterio del colegio embrujado de Salamanca, después… ¡Hay tantos «después»! Incluso ha estado en la plaza de Djema el Fna de Marrakech, con su amigo Selim. Y el colmo de los colmos: ayudó a la mismísima Scotland Yard en Londres a descubrir lo que parecía indescubrible.

Una de las cosas que más me ha llamado la atención en Ulises Cabal es su facilidad para convertir en sencillo lo intrincado. No hay caso, por complejo que parezca, que él no enfoque como si se tratara de hacer una multiplicación por el dos.

Ulises Cabal es deductivo, sí. Intuitivo, también. Se ayuda de sus amigos y sigue las huellas que le enseñó un mágico libro heredado, como heredada es la llave que a todas partes le acompaña.

Poco a poco he ido descubriendo estas peculiaridades del personaje que más admiro y que hoy quiero presentaros. Tal vez entre todos descubramos su método y sepamos ser tan buenos detectives como lo es él. No como esos detectives de puñetazo y tentetieso o que se pasan todo el día pegados al vaso de *whisky* (imaginaos que todo lo más que bebe Ulises para animarse es agua de litines…). Tampoco tiene mucho que ver con esos investigadores (tipo Philo Vance o Nero Wolfe) que todo lo resuelven desde una actitud de prepotencia.

Ulises Cabal es, sencillamente, diferente. Y me gustó su discreción, su naturalidad. ¡Y hay qué ver lo poco discretos o naturales que son los casos en que se ha visto metido!

Yo quiero invitaros a seguirle, como yo le he seguido. Tal vez de esta forma me ayudéis a desentrañar su misterio. Porque Ulises Cabal es un misterio viviente, sí; a pesar de su apariencia corriente o, precisamente, por eso. ¿Qué hay detrás del modesto librero granadino? ¿Qué ocultan su libro heredado y su llave mágica? ¿Por qué sucede lo que sucede cada vez que va a tal o a cual lugar?

Recuerdo que desde siempre tuve gran afición a la literatura detectivesca. Me parecía imposible que alguien fuera capaz de explicar un asesinato en una habitación cerrada por dentro. ¿Cómo se había cometido? ¿Cómo había escapado el criminal? ¿Por dónde?… Y si la explicación del libro era lógica (no una simple filigrana del autor para justificar lo injustificable), me quedaba con la boca abierta, pensando que había personajes con ingenio.

¿Y qué decir de esos libros en que todos los sospechosos iban muriendo, hasta no quedar ni uno? ¿Podría resolverse el caso satisfactoriamente? Así era la literatura policial de mi juventud. Y a través de ella conocí muchas facetas insospechadas del ser humano, esas que se ocultan bajo signos sociales convencionales, y que tanto me habrían de servir en mi posterior labor periodística.

Pues bien, cuando descubrí que existía Ulises Cabal, me vi obligado a seguir sus pasos porque en él se representaban todos los sueños que anteriormente sólo había podido leer. Ahora, Ulises Cabal estaba ahí, con su pelo rojo y sus gafas, con sus varillas de sándalo… Y con sus gatos. Sí; ahí, quizá, está una de las claves de su misterio. Una de esas claves todavía sin

descifrar, porque siempre aparecen de forma imprevista. Vaya a donde vaya, Ulises se tropezará con un caso que resolver… y con un gato.

¿Es el mismo gato o es otro diferente? ¿Le distrae o le ayuda en su investigación? ¿Por qué un animal tan independiente como un gato —y sobre todo un gato gatuno (es decir, sin raza aparente)— siempre busca la proximidad de Ulises?

Pero, bueno…, dejemos al gato, porque ahora quiero hablaros de un león. De un magnífico e insustituible león. Gracias a él conocí a Ulises Cabal. Y os puedo asegurar que, desde entonces, ya no he podido separarme de él. He llegado a ser su amigo, como espero que lo seáis vosotros. Sin necesidad de conocerle personalmente, como no le conoceréis vosotros. Únicamente a través de su personalidad y de sus misterios.

Así, quizá entre todos, si deseáis ayudarme, podamos responder a esas dos preguntas que me vienen obsesionando: ¿Quién es Ulises Cabal? ¿Cuál será su próximo caso?

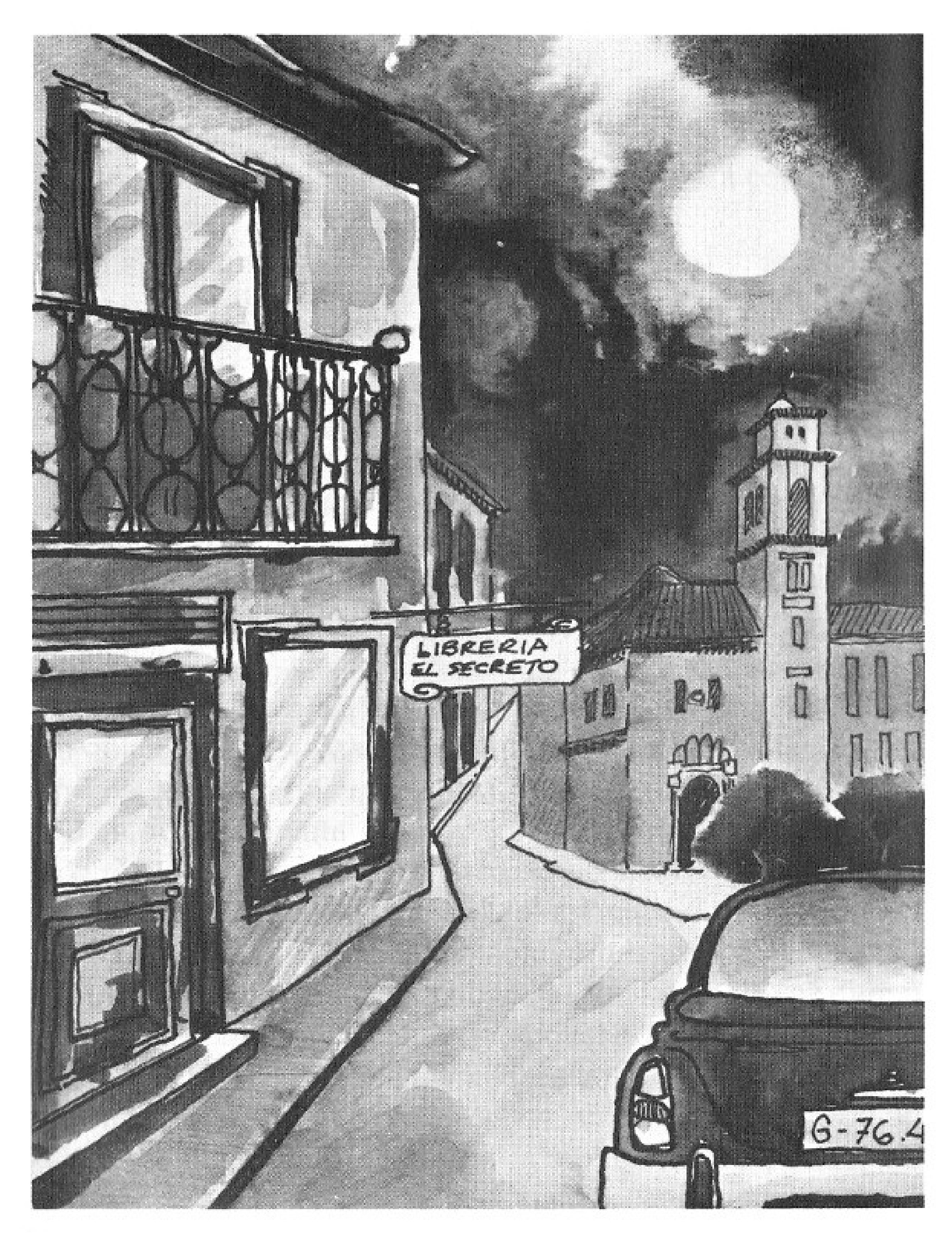
El pasadizo secreto

DICEN que todo es posible en Granada. También dicen que en los años bisiestos puede suceder cualquier cosa.

¡Y vaya si sucedieron cosas en aquel agosto de 1988! Que os lo cuente Ulises Cabal.

Ya sabéis dónde encontrarle: tiene su librería *El Secreto* en la parte baja de la Alhambra, cerca, muy cerca, de la calle de la Almanzora.

El Secreto es, además, un lugar de encuentro. Allí se dan cita los que buscan algún ejemplar viejo, una edición especial de un libro concreto, y los chavales que van a comprar libros de texto. Unos y otros son amigos de Ulises Cabal. Con todos habla de personajes imaginarios o históricos, recita poemas o escucha los que otros le recitan. Pero para Ulises los mejores momentos del día son aquéllos en que la tienda se queda a solas, cuando ha echado el cierre y puede dedicarse a su afición favorita. Bueno, en realidad tiene varias aficiones: hacer fotografías, recoger sonidos con su grabadora de bolsillo, tomar notas, seguir pistas… Pero todas estas aficiones se pueden concretar en una: Ulises Cabal es un detective aficionado.



—Charito, no me toques esas notas, que luego las tengo que consultar.

—Sólo las iba a cambiar de sitio para limpiar el polvo.

Charito es una prima de Ulises. Charito es morena, le gustan las películas de misterio y ayuda lo que puede en la librería. En realidad, siempre anda rondando por allí, porque admira profundamente a su primo.

Ulises es pelirrojo, utiliza gafas porque es un poco miope, y siempre que puede bebe agua de litines; dice que es buena para la digestión. Acaba de cumplir treinta y cuatro años, ¡un montón de años!, el doble casi que Charito. Pero eso no importa nada. Por la librería pasan personas de todas las edades, desde el chaval que quiere cambiar cromos hasta el anciano estudioso que sabe de Boabdil más que nadie.

Aquella tarde, en el patio trasero de la tienda, habían estado los amigos más amigos de Ulises: Juanjo y Selim. Juanjo es un idealista, alguien que tiene ganas de cambiar el mundo y que, mientras estudia, trabaja en un taller mecánico para sacar unas pelas a la vida. Es un manitas del motor.

Selim cruzó el mar no se sabe cuándo. Viene de Marrakech, pero es nómada de espíritu y en Granada se siente a gusto, con tantos recuerdos de sus antepasados árabes. Aparece y desaparece sin explicar nada a nadie.

—Hace mucho que no se te veía el pelo, Selim.

Selim lleva el pelo corto y rizado.

—Selim va y viene. Hoy está aquí —dice de sí mismo.

A Selim le encanta tocar la flauta. Es todo un artista que encandila a los turistas de la Costa del Sol. Luego pasa el platillo y saca para ir tirando. Esa tarde, la tarde anterior al gran misterio, Selim tocó una melodía muy dulce y muy romántica. A Charito, que no dejaba de mirar de reojo a su primo Ulises, se le escaparon unas lagrimillas de emoción. Le parecía tan bonito estar allí, en el patio cubierto por la parra virgen, bajo la sombra de la Alhambra, con sus amigos…

Hasta ese momento, aquel día había sido, más o menos, como todos los demás. Pero al caer la tarde, las sombras parecían presagiar que algo grande iba a suceder.

En el fondo, Ulises Cabal estaba deseando quedarse solo. Había cosas que tenía que comprobar, que verificar.

Al marcharse sus amigos, el móvil de latón que colgaba sobre la puerta se agitó con su chispeante sonido.

—Hasta mañana, Ulises.

—Hasta mañana, Juanjo.

—Selim te desea las buenas noches.

—Buenas noches, Selim.

—Ulises, ¿quieres que me quede un poco más?

—No hace falta, Charito. Hasta mañana.

Cerró la puerta olvidándose de echar la llave. Luego se dirigió a la trastienda, donde encendió una varilla de sándalo (ritual con el que siempre

comenzaba sus «mejores ratos del día») y sacó cuidadosamente un libro. Entre tantos libros —algunos decorados por las telarañas del tiempo— había uno muy especial. Era el libro que le había lanzado por los caminos de la investigación. Cuando su tío Amaniel le dejó la tienda, hizo hincapié en dos objetos:

—Esta librería tiene grandes secretos, Ulises. Secretos que están en los libros y secretos que guardan las paredes que encierran los libros. Pero no lo olvides, Ulises: todos los secretos pueden ser desvelados, todos los misterios descubiertos, si sabes utilizar estas dos cosas.

La primera era una obra escrita un par de siglos atrás, titulada *El perfecto observador*. En ella estaban las claves para comprender el sentido de un gesto disimulado, para seguir un rastro donde los demás sólo ven detalles sin importancia, para transformar el eco en un mensaje…

La otra cosa era una llave. Ulises todavía no había conseguido saber para qué servía, ya que su tío había muerto antes de poder explicárselo. Al cogerla por primera vez, Ulises sintió algo más que un escalofrío, sintió como una descarga magnética. Lejos de soltar la llave, lo que hizo fue cerrar la mano fuertemente sobre ella, seguro de su extraño poder. Desde entonces jamás le había abandonado, y la llevaba colgada al cuello como si de un amuleto se tratase.

El perfecto observador se lo sabía de memoria y resultaba el fiel compañero de su grabadora de bolsillo, donde tenía la manía de recoger todos los sonidos de la naturaleza o de la ciudad, las conversaciones, las palabras sueltas…

Esa tarde había grabado lo que decían sus amigos, sin que ellos lo advirtieran. Y ahora lo iba a escuchar atentamente, porque nunca se sabe…

Nunca se sabe… Aquellas paredes vetustas estaban acostumbradas a guardar secretos (de ahí el nombre de la librería), secretos que conocían bien las arañas y los ratones contra los que Ulises tenía una guerra declarada para que no estropeasen sus libros. Más de una vez se había dicho que tendría que conseguir un gato que le hiciera compañía y además fuera su celador. Pero jamás encontraba el momento de buscarlo, o, cuando menos, de buscar el que a él le gustara.

Ulises se volvió bruscamente, porque, sin poder explicárselo muy bien, había notado como si alguien estuviera a sus espaldas, mirándole fijamente. El silencio era mayor de lo habitual. Por unos instantes pareció como si la vida se hubiera detenido, como si ni siquiera se oyera el sonido del latido del corazón.

Tal vez era que Ulises estaba cansado. Lo mejor sería irse lo antes posible a la cama, escuchar un poquito de música y ¡a dormir!

Pero la curiosidad era más fuerte y Ulises puso en marcha la grabadora. ¿Qué hubiera pasado si no hubiera apretado la tecla que reproducía los sonidos? Tal vez jamás se habría desvelado un misterio que estaba a punto de aparecer. Pero Ulises apretó la tecla y se puso a escuchar las charlas, las bromas, la música de flauta, las despedidas. Y ya estaba a punto de rebobinar la cinta cuando creyó percibir unas extrañas palabras, inconcretas, incomprensibles; repasando el sonido varias veces, captó algo así como que «no se fía». O que «se fía». En realidad, alguien hablaba de que se fiaba o no se fiaba, si la interpretación era correcta. Pero ¿qué significaba todo eso? Y no eran sus amigos los que hablaban; de eso estaba seguro.

Entonces en la cinta se oyó un sonido más claro, que a Ulises no le costó identificar. Podía equivocarse, los sonidos muchas veces son traicioneros, pero su experiencia era grande, y los borbotones que estaban registrados sólo podían corresponder a agua…, agua que corría por un estrecho recinto: el agua de una cañería.

No podía estar muy lejos. Si descubría qué cañería era la que había quedado registrada, quizá descubriera el origen de las voces misteriosas. Con paciencia comenzó a golpear las tuberías de aquella zona de la librería. Era una parte muy vieja y con humedad. Más de una vez se había dicho que tenía que acondicionarlo un poco, que la humedad era mala compañera de los libros; pero siempre lo iba dejando. Ahora se alegraba un poco de su dejadez, porque gracias a ella iba descubriendo qué zonas de la pared estaban más húmedas.

Al tocar el codo de una tubería, un codo en ángulo recto que desaparecía por el muro, parte de la pared se hundió.

Ulises retrocedió un segundo. Luego siguió derribando el muro.

Primero se produjo una fisura, luego un boquete, hasta que se descubrió una puerta diminuta, por la que —aunque con dificultad— se podía penetrar en un mundo diferente.

Ulises, sin pensárselo dos veces, penetró.

Pasó algún tiempo hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Mientras tanto pudo escuchar los sonidos de aquella cavidad: murmullo de pisadas lejanas, saltitos como de pies diminutos y chapoteos rítmicos.

Las pisadas lejanas podían ser los ecos de la superficie que llegaban hasta allí deformados. Los saltitos diminutos de pies menudos eran, sin duda,

debidos a las ratas del subsuelo. Y los chapoteos, a las gotas que se filtraban por las paredes.

Entonces escuchó el sonido grabado. ¡El agua que corría por alguna cañería era idéntica a la que estaba en su cinta magnetofónica! La turbulencia primero, luego el gluglú, después el silencio expectante.



Ulises notó que le empezaba a arder un poco el estómago, y eso era señal inequívoca de que algo estaba a punto de suceder. Si hubiera tenido a mano un vasito de agua y un sobre de sales de litines…

Pero lo único que tenía ante sí era un pasadizo misterioso por el que, tal vez, había pasado alguien que hablaba con palabras incomprensibles.

También podía ocurrir otra cosa: y era que esos personajes —fueran los que fueran— estuvieran todavía allí, al acecho, esperando el menor movimiento suyo para echársele encima. Podían ser los hombres de las profundidades, los monstruos del subsuelo, los príncipes tenebrosos de la oscuridad…

Ulises no sabía qué hacer. Por un lado, su curiosidad le llevaba a seguir adelante, a avanzar por el pasadizo para ver adonde conducía. Por otro, su seguridad le indicaba que lo mejor era regresar a la tienda.

Mientras cavilaba qué hacer, no se percató de que a sus espaldas una mano se iba acercando lenta, muy lentamente, hacia su cuello.

El león de piedra

LA mano no tenía guante, ni uñas puntiagudas. La mano, sencillamente, iba tanteando en la oscuridad.

—¡Tejeringos fritos! ¡Qué susto me has dado, Charito!

—Te he estado llamando. Vi que no habías echado la llave y entré. Luego he encontrado el boquete y la puertecilla. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, prima; que registré unos ruidos extraños en la grabadora, me puse a golpear la pared y mira el estropicio —explicó riéndose.

—Y ese túnel, ¿adónde va?

—No tengo ni idea. Pero si quieres, podemos averiguarlo.

—Voy a por una linterna.

Mientras Charito iba a buscarla, Ulises se rascó el rojo cabello sin dejar de escuchar. Gotas, pasitos, ecos… ¿Qué más había en aquel túnel indefinido? ¿Por qué pasaba justamente bajo su librería? ¿Acaso aquello tenía que ver con los secretos de que le había hablado su tío Amaniel?

Por lo demás, Granada era una ciudad llena de misterios.

En 1492, año del descubrimiento de América, mientras Colón pensaba en llegar a las Indias, Granada había vuelto a ser cristiana. Después de varios siglos de poder musulmán —siglos en los que la ciudad fue famosa por su paz y por el desarrollo que en ella alcanzó el arte—, el 2 de enero del año 1492 los Reyes Católicos la tomaron de manos de Boabdil el Chico. Dicen las historias que el rey moro no pudo contener sus lágrimas cuando, desde lo alto de un cerro, contempló por última vez la ciudad que tanto amaba. «Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre», le dijeron para mayor dolor. Hoy, el paraje se llama la Cuesta de las Lágrimas, y el lugar concreto de la amarga despedida, el Suspiro del Moro.

Pero la leyenda va más allá y dice que los árabes, al retirarse, dejaron escondidos en las entrañas de la Alhambra grandísimos tesoros, que todavía esperan ser descubiertos. Quinientos años de espera son muchos años, pero el tiempo no afecta al oro, ni a las piedras preciosas. Y quizá había llegado el momento de que Ulises encontrara lo que Boabdil abandonó para siempre.

Los pensamientos de Ulises fueron interrumpidos por Charito.

—Ya está —dijo iluminando el camino con la linterna—. En marcha.

Las linternas son buenas y malas. Buenas, porque su luz aclara el camino. Malas, porque esta luz produce extravagantes sombras que inquietan a las personas. Y el pasadizo estaba lleno de sombras.

—Ulises, ¿crees que hay alguien por ahí escondido?

—No lo sé, tenemos que andarnos con cuidado.

Sus pasos resonaban produciendo un cierto eco en las profundidades de la tierra.

En efecto, podía ocurrir cualquier cosa, como ser atacados por los hombres de las voces, si las voces provenían de seres humanos. ¿Y si eran de monstruos de los abismos, de esos que se ven en las películas, escondidos bajo el suelo para poder desarrollarse? Si arriba todo era posible, ¡imaginémonos lo que sería allí abajo! Entre el silencio, la humedad y el misterio.

Pero nada de eso producía miedo a la pareja.

—Oye, Ulises, ¿y si alguien aparece de repente? —preguntó Charo con una sonrisa.

—Diremos que somos poceros —respondió el pelirrojo con seguridad.

—¿Poceros?

Sus carcajadas resonaron en las paredes del túnel. Charito se imaginó la escena y le resultó bastante cómica. También Ulises bromeó y, de esta forma, se relajó la disimulada tensión de ir avanzando por un subterráneo desconocido.

—Oye, Ulises, sería fantástico encontrarnos aquí abajo con las huellas de una civilización desaparecida.

—Tú ves demasiadas películas de aventuras, Charito. Lo más que vamos a ver aquí son ratas.

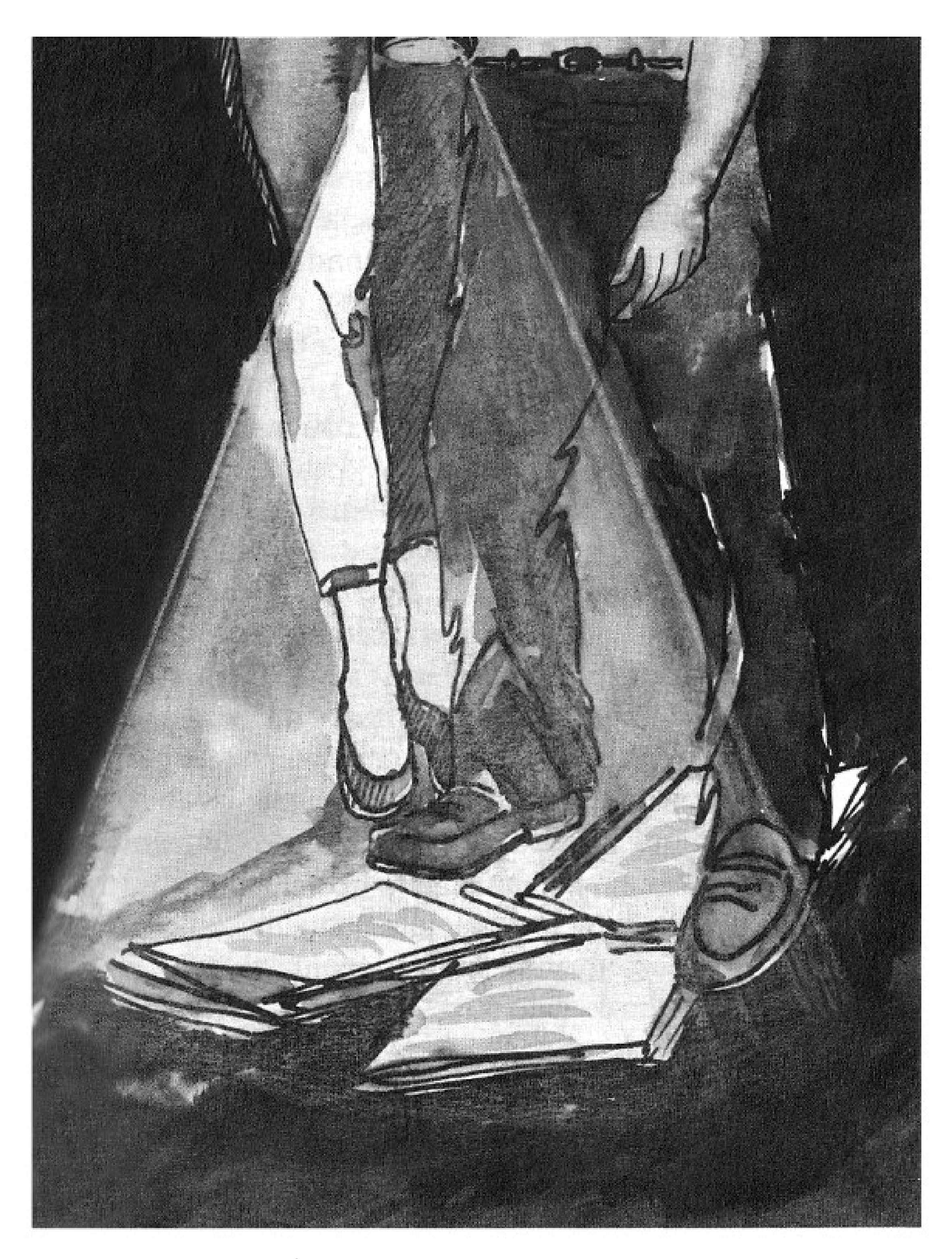
Ulises hizo una pausa para ver el efecto que sus palabras producían en la muchacha. Pero ella se limitó a encogerse de hombros:

—No me gustan las ratas; a nadie le gustan mucho las ratas, ¿a que no?

—A mí no me gustan porque se comen los libros.

—Pero en algún sitio tendrán que vivir…

A Ulises le encantaba la filosofía de la vida de su prima. No era cobardica ni tontorrona, y sabía que podía contar con ella para lo que quisiera. Lo que pasa es que existen casos que tiene que resolver uno solo. Sin embargo, en ese momento se sentía a gusto con su compañía.



—¿Qué es eso? Por favor, ilumíname los pies.

Charo dirigió el chorro de luz hacia los pies de Ulises.

—Bah, ni ratas, ni cocodrilos, ni nada; sólo un montón de papel arrugado.

—¿Cómo que papel arrugado? —dijo Ulises agachándose a cogerlo.

¡Zas! Ulises se pegó un coscorrón con uno de los salientes de la pared. Pero no le importaba, porque lo que acababa de descubrir llamaba

poderosamente su atención:

—Es un libro.

—Pues estará bueno.

—¡Qué extraño! ¿Qué hace un libro aquí? Lo llevaré a la tienda y lo restauraré.

La pareja continuó avanzando hasta que el pasadizo se dividió en dos.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Tenemos que elegir: ¿a la izquierda o de frente?

Mientras Ulises acariciaba el libro que había encontrado, su prima se puso a juguetear como si estuviera en la escuela:

—Pinto… Pinto, gorgorito, saca la mano de veinticinco…

Ulises pensaba en el libro, con sus páginas arrugadas y humedecidas. Estaba deseando repararlo para leerlo cuanto antes. «Un libro es como una persona, sensible y agradecido si se lo trata bien. Pero un libro no tiene pies y no puede caminar por un pasadizo. ¿Quién camina por un misterioso pasadizo? Alguien que tiene algo que ocultar, quizá», se decía Ulises.

Además estaban las huellas.

Ulises se inclinó para ver qué dirección seguían esas huellas. Estaban en el camino que tenían de frente, pero no aparecían para nada en el de la izquierda.

De esta forma supieron ambos qué camino tenían que seguir.

Todo derecho.

Entonces sucedió algo que les hizo acercarse el uno al otro de forma instintiva.

¡Pla, pla, pla, pla…!

¿Era alguien que hablaba, alguien que se acercaba? Charo apagó la luz. Si todos estaban en la oscuridad, las posibilidades eran iguales para unos y otros.

Pero Charo no sabía qué era lo que se acercaba. Y a ese «algo» no le importaba lo más mínimo avanzar en la oscuridad, con sus afilados dientes dispuestos a desgarrar la carne.

¡Pla, pla, pla, pla…!

—¡Cuidado! —susurró Ulises adoptando una postura no habitual en él, pues se había encogido como si fuera un resorte a punto de ser disparado.

—Cada vez está más cerca… —repuso Charo con los ojos bien abiertos, fijos en las sombras del pasadizo.

—¡Tápate los ojos! —gritó Ulises, haciendo lo que decía.

El único mamífero volador de la naturaleza pasó a su lado sin rozarlos siquiera. Tal era su habilidad en las sombras.

La exclamación de Ulises obedecía a que, aunque había descubierto el origen del sonido (el aleteo de un animalejo que se acercaba), no estaba muy seguro de qué tipo de animal era. Un vampiro era algo muy serio, porque podía chupar la sangre de las heridas. Un murciélago era algo más benévolo.

—Ya se aleja…

En efecto, el pla, pla, pla… se oía perdiéndose por el fondo de la galería.

Gotas de sudor perlaban la frente de la pareja. Ahora que había pasado ya el peligro intentaron sonreír. Pero sólo lo intentaron, porque algo se percibía en un lugar inconcreto.

—Escucha.

Los sonidos habían cambiado. Ya no se trataba del gluglú que alternaba con el silencio. Ya no había pasitos saltarines ni ecos lejanos, ni siquiera se percibía el aleteo del murciélago. Era más parecido al rumor del agua que no se detiene, que mana libremente.

—¿Estaremos cerca del Darro?

—No lo creo.

—¿Y del Genil?

—Mucho menos —aseguró Ulises—. Si la orientación no me falla, estaremos más o menos debajo de la Alhambra.

—¡Revolera! —exclamó Charito ilusionada—. Entonces a lo mejor encontramos los tesoros de Boabdil.

—Ya veremos, ya veremos —replicó Ulises, sin explicar que también él lo había pensado.

Una bocanada de aire puro les acarició el rostro.

—Estamos cerca de una salida.

—Noto el aire fresco. Pero al mismo tiempo huele a algo extraño. ¿Qué puede ser?

Ulises sonrió. No era exactamente el olor tan familiar del sándalo que le acompañaba en sus horas de estudio o meditación. Pero aunque era un poco miope, y tenía que ayudarse de una lupa en los momentos difíciles, el oído y el olfato los tenía superdesarrollados.

—Incienso —aseguró.

—¿Incienso? —preguntó Charo—. Entonces, ¿vamos a salir a una iglesia?

De repente, el túnel se interrumpió; lo cortaba una losa de frío mármol, con una extraña inscripción en signos arábigos que rodeaba a un disco dorado.

Ulises pensó: «algo tiene que girar alrededor de este sol artificial»; tanteó cuidadosamente los resquicios de la losa; incluso quiso hacerla girar, lo que resultó totalmente imposible.

—Pensemos, pensemos: el sol suele ser el centro de muchas civilizaciones, es la vida, el calor, la luz…, luego la respuesta tiene que estar en…

Antes de que Ulises alargara su mano hacia el disco dorado, Charo se le adelantó:

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma.

Y, ¡zas, zapatrás!, entre Mahoma y el sol, al tocar el disco dorado, la losa se desplazó dejando al descubierto una puerta que les conduciría a Dios sabe dónde.

—Hay unas escaleras empinadas.

—Y arriba una luz rojiza.

—¿Será el infierno? —pregunto divertida Charo—. Mira por dónde hemos llegado a las calderas de Pedro Botero.

Ulises, concentrado y sin encontrar la gracia, respondió muy serio:

—No puede ser el infierno; no hay humo ni calor y huele a incienso…

Charito le miró por un instante, pensando con cierta ironía que su primo, cuando hacía de detective, no tenía remedio.

—Estamos en la cripta del palacio de Carlos V.

—¿Que estamos dentro de la Alhambra? —se sorprendió la muchacha—. ¡Revolera!

—¡Chisssst!, calla, ¿no puedes ser un poco menos escandalosa?

—Pero si los guardas están en la puerta. Por aquí no hay nadie, y menos a estas horas.

—Por si las moscas —murmuró Ulises.

—¡Buá! —contestó Charo—. Pues sí que… Y yo que creí que íbamos a encontrar un tesoro…

Ulises contempló la secreta belleza que una y mil veces la Alhambra había ofrecido a sus miopes ojos. Aspirando todos los fragantes olores que se entremezclaban, susurró:

—La Alhambra es el mejor tesoro, la joya de Granada.

Y, saliendo afuera, se dejaron llevar por el encanto de la noche de verano en los jardines que tantos habían amado, desde el poeta Ibn Zamrak (aquél cuyos poemas están esculpidos en los muros de la Alhambra) hasta el músico Manuel de Falla (autor de *El amor brujo* y también de *Noches en los jardines de España*, una de cuyas partes está inspirada en los jardines del Generalife); desde el emperador Carlos, que, a pesar de ser dueño de medio mundo, quedó prendado de la belleza de aquel lugar, hasta el gran poeta y dramaturgo Federico García Lorca.

—¿Sabes que en una de las habitaciones de este palacio Washington Irving escribió sus famosos *Cuentos de la Alhambra*? —explicó Ulises a su prima.

—Me encanta este lugar, de día o de noche. Y ahora que no hay nadie, mejor que mejor. Es fabuloso tener una puerta secreta para venir a visitarlo cuando queramos.

Caminando plácidamente, cogidos por momentos de la mano, llegaron a uno de los lugares incomparables de la Alhambra, el patio de los Leones.

Era el patio donde los califas tuvieron su harén, donde el sonido del agua se mezclaba con el de las canciones de las odaliscas y donde las palabras de amor murmuradas al oído ponían letra a la acuática letanía.

—Es lo más hermoso del mundo —exclamó Charo contemplando el patio con su fuente, todo iluminado por la luz plateada de la luna—. Parece un espejismo inalcanzable.

—No tan inalcanzable —afirmó Ulises con un gesto de disgusto.

Una ojeada le bastó para comprender que algo espantoso ocurría. Entre las sombras de los árboles y de los edificios, mientras se oía el chasquido de las ramas quizá agitadas por algún animalillo, Ulises apretó con fuerza la mano de su prima.

—¿Qué sucede? ¿Viene alguien?

Charo se aproximó a Ulises, notando su calor. Miró sus ojos, para así saber hacia dónde miraba. Porque, no cabía duda, el peligro, si lo había, vendría de allá.

—No, Charo, no es que venga alguien. Es que ya ha venido.

—¿El hombre del pasadizo?

—Me temo que ha estado aquí antes que nosotros.

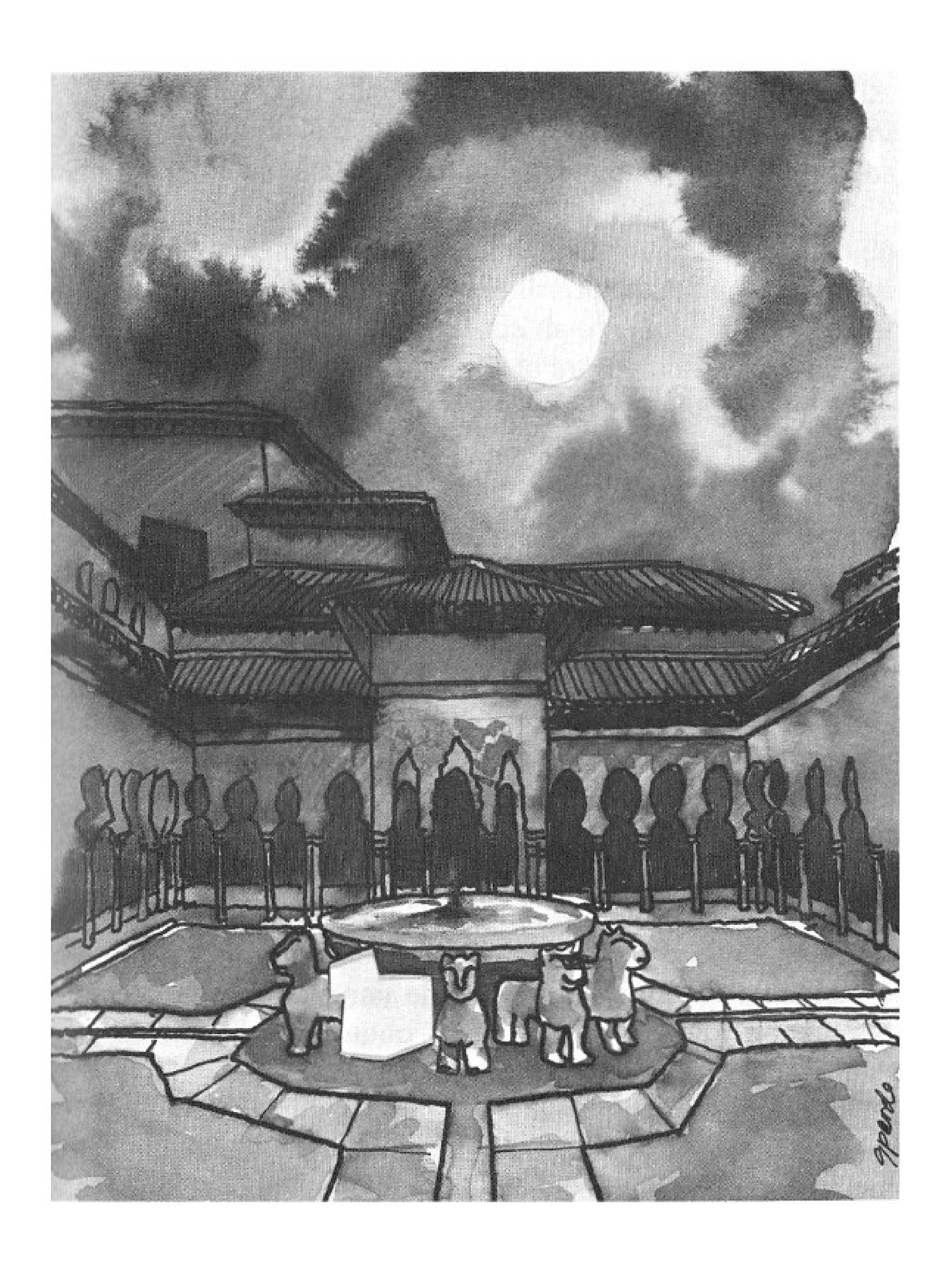
—¿Y qué? —preguntó Charo sin comprender muy bien lo que estaba sucediendo. Pero fuera lo que fuera, sin duda resultaba preocupante. Ulises tenía los ojos fijos en los leones de la fuente.

—Charo, ¿cuántos leones tiene la fuente?

—Doce, todo el mundo lo sabe.

—Cuenta, por favor.

Charo contó: uno, dos, tres… nueve, diez, once… Sólo once. Uno de los leones había desaparecido.



El manuscrito y la huella

DE regreso a casa, Charo se despidió de su primo hasta la mañana siguiente. Éste le aconsejó:

—Ah, y no se te ocurra decir ni pío a nadie.

—Soy una tumba, quillo. Pero mañana temprano, cuando se descubra la falta del león, se va a armar la tremolina. Ya verás, ¡todito en primera página!

Cierto, ¿cómo se podía ocultar a la gente que un león de la Alhambra había desaparecido? La noticia correría como la pólvora. Pero de cualquier forma era importante no decir que ellos habían estado allí, porque tal vez se convertirían en sospechosos. Además tendrían que explicar lo del pasadizo y ése era su secreto.

Ulises vivía en el mismo edificio de la librería, en la planta superior; se comunicaba con la tienda por una escalera de caracol, tras la cual estaba su pequeño taller de restauración.

Esa noche, Ulises, rodeado de volutas de sándalo, se afanaba por recopilar y analizar los confusos y dispersos indicios que tenía sobre la mesa.

Como una vieja cámara de cine, rebobinó su memoria. Cuando descubrió la desaparición del león, como movido por un resorte, Ulises se dedicó a registrar con minuciosidad los alrededores de la fuente y el patio.

Y como el que busca encuentra…, Ulises halló un hilo de lana (posiblemente de un jersey), unas cuantas colillas de un tabaco desconocido, gravilla teñida de algo rojo y una pequeña bolsita de té. Pero lo que más le inquietaba de sus «tesoros» era una huella de zapato (posiblemente de suela de goma). O, mejor dicho, ¡dos huellas! En lugares muy distantes: una en el pasadizo y otra junto a la fuente.

Ulises sacó un bloc e intentó recordar los símbolos que aparecían en la huella.

El primero era una C; se veía bien claro. Una C. Así como era una O el segundo. CO.

El tercero ya era más raro, porque también era una O, pero estaba partida en dos por una raya Ø.

El cuarto parecía una letra mal escrita. Era como una N, pero al revés И.

El último era evidentemente una A.

COØИA.

¿Qué significaba eso? Tal vez la marca del calzado. Los fabricantes ponen unos nombres rarísimos a los zapatos para venderlos mejor. Pero un nombre que no se podía pronunciar era demasiado, ¿no?

Entonces fue cuando Ulises se llevó la mano al bolsillo, tropezando con el libro que había encontrado en el pasadizo. Estaba completamente deteriorado, pero no sólo por la humedad, sino sobre todo por el paso del tiempo. Ulises tenía la experiencia suficiente como para distinguir a un simple golpe de vista un original de una copia.

Su corazón comenzó a palpitar emocionado; el ardor de estómago le anunció que se acercaba a algo grande. Se preparó una botella de agua de litines, sabiendo que le quedaban muchas sorpresas por descubrir esa noche. Con ayuda de un secador de pelo despegó lentamente las páginas que se empeñaban en formar un bloque. Y cuando consiguió leer el título, supo que tenía entre las manos el mayor de los tesoros con que puede soñar un librero de Granada.

—¡Tejeringos fritos! *Tales of the Alhambra.* ¡El borrador!

Ulises Cabal no podía creer lo que tenía ante sus ojos. ¡El mismísimo manuscrito de *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving!

Las manos le temblaban. No podía entender muy bien cómo había llegado hasta él, de forma tan pintoresca, un libro tan valioso. Tampoco entendía cómo su anterior propietario lo había podido dejar caer en un olvidado pasadizo subterráneo.

Con ayuda de su inapreciable lupa, Ulises Cabal repasó las páginas que un siglo y medio antes había escrito sobre su ciudad el autor norteamericano.

Nervioso, intentaba encontrar el capítulo que hablaba del patio de los Leones. Los dedos no obedecían sus órdenes hasta que… ¡zas! En uno de sus muchos movimientos volcó torpemente la botella de litines sobre sus pantalones. Toda una fatalidad que a Ulises le pasó completamente inadvertida; ni tan siquiera notó el cosquilleo de las burbujas entre sus piernas. Y era que había dado con el capítulo que había estado buscando.



En él se contaba la historia de los Abencerrajes que allí fueron degollados y cuya sangre dicen que empapó el mármol del suelo. Y se describía su situación, así como la de los salones vecinos. Pero de repente:

—¡Tejeringos y más tejeringos! ¿Qué es esto?

Leyó y releyó, comparando el original con el texto recién publicado en una edición de bolsillo. En efecto, el párrafo que acababa de leer sólo estaba

en el manuscrito.

Y decía algo que, traducido al español, sería:

En el año bisiesto dominado por el ocho, que es el símbolo de lo infinito, el león del islam irá a beber al oasis de las ciento veinticuatro palmeras. Y tú serás el amo del mundo.

No tenía mucho sentido. Pero tal vez —se dijo Ulises— uniendo varias cosas sin sentido se podía sacar algo en limpio. ¿Qué era lo que no estaba claro? Hizo un repaso: en primer lugar, las palabras incomprensibles que recogió en su grabadora y que hablaban de alguien que «se fía» o «no se fía» (¿o tal vez se referían a una «cierta tía»?).

Más tarde, la desaparición del león de piedra.

Y las huellas con signos cabalísticos: COØИA.

Ahora, en el manuscrito, el mensaje secreto. Porque no cabía duda de que lo que allí estaba escrito era algo secreto, puesto que su autor no quiso hacerlo público después. Tal vez se trataba de algo que descubrió y cuyo significado, una vez desvelado, le asustó.

En el año bisiesto…

Ulises sintió como si alguien le estuviera vigilando desde un lugar inconcreto. Tal vez sólo era efecto de su imaginación, pero quizá no era sólo su imaginación.

El mensaje secreto. No tuvo que hacer mucho esfuerzo para recordar otros famosos, por ejemplo, aquellos que solía descifrar Arsenio Lupin, uno de los detectives de ficción que más le divertían, porque, además de sus disfraces, averiguaba el doble sentido de letras, números y signos. El mensaje secreto. ¿Y qué decir de los jeroglíficos egipcios? La maldición de las momias. ¿Qué había sucedido con los que profanaron la tumba de los faraones? Pues nada más y nada menos que padecer su tremenda maldición. Los que habían estado en contacto con los papiros antiguos fueron muriendo de forma misteriosa, como castigo por la profanación.

Ulises Cabal meditó rascándose el entrecejo. Tal vez los signos cabalísticos correspondían a jeroglíficos de otras culturas; y si así era, puede que estuviera corriendo un riesgo importante su propia vida.

¿Debería seguir adelante? ¿Sería capaz de adentrarse por los senderos de lo desconocido, pasara lo que pasara? ¿Y si aquello eran solamente trampas para hacerle caer en el vértigo del que no se podía salir? ¿Y si resultaba imposible retroceder una vez que se había dado el primer paso? Pero ¿acaso no se había dado ya el primer paso?

En el año bisiesto…

Y en Ulises, la sensación de ser observado desde la oscuridad se repitió. Giró su cuerpo para mirar lo que había a sus espaldas. Libros, únicamente libros. Ulises no se asustaba fácilmente. No debería asustarse si quería desentrañar algún misterio. Precisamente, lo fascinante de los misterios es que nos permiten adentrarnos en terrenos que los demás, las gentes normales, desconocen.

C O Ø И A.

«¡Vamos allá!», se dijo, respirando profundamente. «¡Vamos allá y que sea lo que tenga que ser!».

En el año bisiesto…

—¿Será posible? —exclamó Ulises—. Pero si justamente éste es un año bisiesto y además…

Dominado por el ocho.

«1988 tiene dos ochos; pero, además, si sumamos sus dígitos, sale (uno, más nueve, más ocho, más ocho) veintiséis. ¿Y qué pasa si sumamos el dos con el seis? ¡Otra vez ocho! ¿Y acaso agosto no es el octavo mes del calendario? Ocho, ocho, ocho… ¡Todo está marcado por el ocho!», pensaba Ulises. Luego el acontecimiento, fuera el que fuera, estaba a punto de ocurrir, si no había ocurrido ya.

Podía ser una casualidad, pero también era una casualidad encontrar el manuscrito en el pasadizo. ¡Demasiadas casualidades! Mezcladas (sumadas como los números) tal vez descubrían una realidad.

¿Y cuál podía ser esa realidad? ¿Que uniendo león y palmera se dominaría el mundo?

Ulises seguía muy nervioso. Muy nervioso (tropezó con una silla, no atinó a colocarse bien las gafas tras restregarse los ojos, intentó escribir con el lado sin punta de un lápiz…) porque eran demasiadas las piezas que podían encajar en el rompecabezas. Demasiados misterios juntos. Demasiadas casualidades que tenían que tener, forzosamente, una explicación lógica.

La mismísima Alhambra era misteriosa. Decía Washington Irving en su libro: «Los terremotos han conmovido los cimientos de esta fortaleza y agrietado sus más fuertes muros; sin embargo, ¡ved!, ni una de estas delgadas columnas se ha movido…». Eso también era un misterio. ¿Cómo era posible que las finas columnas del patio de los Leones hubieran resistido imperturbables el paso de los tiempos?

En voz alta y como ante un teatro abarrotado, Ulises declamó entusiasmado:

—¡Las columnas!… ¿Cuántas columnas rodean el patio de los Leones? Ciento veinticuatro. ¡Exactamente!

¿Cuántas palmeras tenía el oasis del mensaje? ¡Ciento veinticuatro!

—¡Caracoles furibundos! Y esto no es otra casualidad. ¡Ni mucho menos!

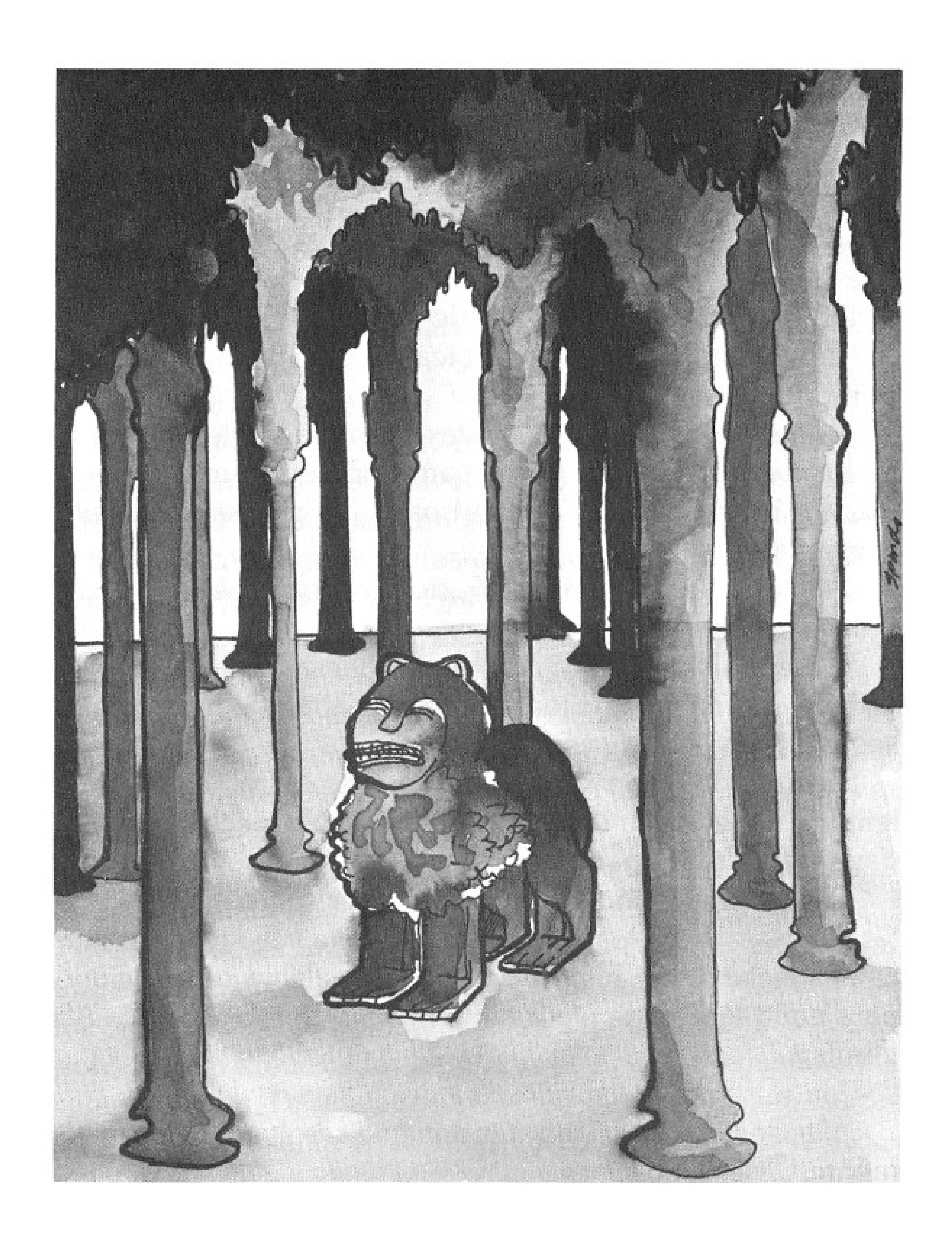
Ulises colocó sus gafas sobre la cabeza, cerró los ojos y se rascó el entrecejo, ritual que significaba que muy pronto llegaría a una conclusión.

—¡Robado! ¡Han robado el león de piedra! Y… —Muy lentamente el joven detective añadió—: Sospecho que mañana nadie sabrá nada de nada.

Ulises tenía razón. Con el amanecer sobre la ciudad de Granada, salieron los periódicos a la calle y la radio dio muchas noticias. Pero ni por escrito ni de palabra se mencionó para nada el león de piedra que había sido robado de la Alhambra.

Un misterio encima de otro.

Y todos, uno por uno, tendría que resolverlos personalmente Ulises Cabal.



La sangre del león

CHARITO entró como un vendaval por la puerta de *El Secreto*. Los móviles de latón se agitaron enfurecidos sobre la puerta por ser despertados tan temprano.

La muchacha traía bajo el brazo todos los periódicos de la ciudad.

—Nada, ni uno.

—Ya lo sé, prima; todos callan.

—Pues no lo entiendo.

—Quizá… —Empezó a decir Ulises. Pero la cafetera ya protestaba:—¿Te apetece desayunar?

—Ya lo he hecho en casa —replicó ella mientras pellizcaba un suizo que su primo había abierto por la mitad—. Date prisa, que tenemos que volver a la Alhambra.

—En cuanto entone el cuerpo, chiquilla.

Le contó todo lo que había descubierto en el manuscrito y las diversas casualidades que se le estaban ofreciendo como pistas de todo un plan todavía incomprensible.

—Oye, primo, ¡esto parece de película! ¿Quién tiene el león?

—Sea quien sea, sabe muy bien lo que se hace. Y cuenta con cómplices bien adiestrados, porque uno no se choricea así como así un león de piedra.

De repente, Charito pegó un bote.

—¡Ya está: Crispín! ¡Vamos!

—¿Quién es Crispín? —quiso saber Ulises.

—El tartaja. Uno de los vigilantes de la Alhambra. Venga, primo, deja ya de comer, que te va a salir tripilla. ¡Venga! Mira cómo te has puesto los pantalones…

Por el camino, Charo reprochaba a su primo su descuido. Pero Ulises permanecía absorto en sus pensamientos. Le daba vueltas al asunto de la tierra coloreada, al hilo de lana, a la bolsita de té… No tenía la más remota idea de lo que significaban, pero presentía que ahí podía estar la clave del asunto.

—Ho… ho… hola, Cha… Charito.

Crispín estaba junto a la puerta principal, que justamente ese día permanecía cerrada a los turistas.

A la pareja no les sorprendió, pues era lógico que al descubrir el robo cerrasen el recinto. Crispín les rectificó los pensamientos.

—Es una hu… hu… hu… hu…

—¡Arranca ya, quillo, que pareces un fantasma con tanto «hu»! —saltó Charito impacienté.

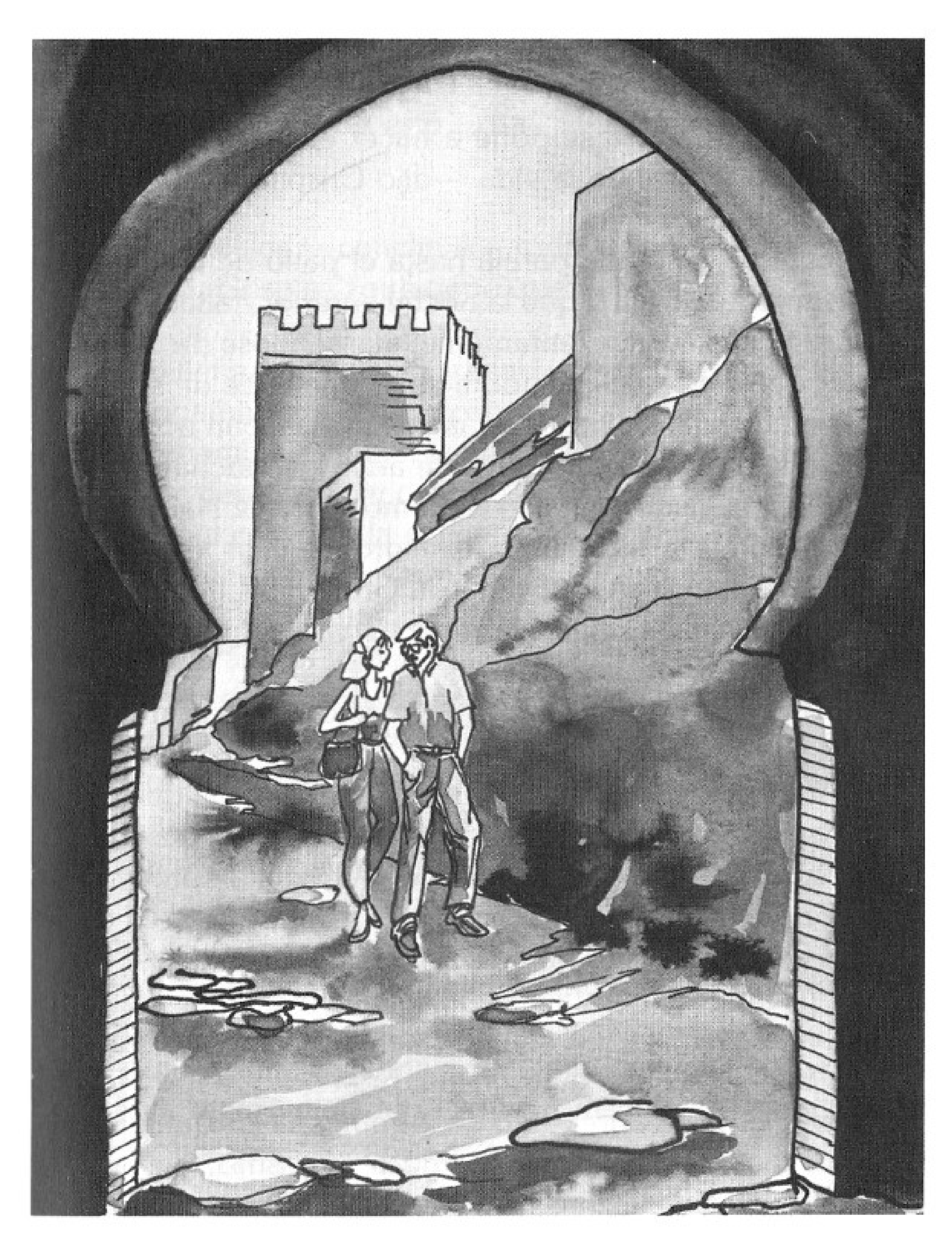
—¡Huelga! Eso es.

—¿La Alhambra está de huelga?

—Sí.

—Pero ¿falta uno de los leones?

—Cla… cla… claro.



—¿Por qué dices que claro?

—Cu… cu… cu…

—¡Ándale, ahora se pone a hacer el cuco!

—Curiosidades de la vida —dijo Crispín esta vez de un tirón.

El guarda guió a la pareja hasta el patio de los Leones. Efectivamente, al igual que la noche anterior, faltaba uno de los doce. Crispín, muy lentamente,

atascándose sin cesar, les contó que se estaba llevando a cabo una serie de restauraciones en el palacio. Los turistas que lo visitaban no siempre eran respetuosos con las obras de arte. En muchas paredes y columnas se podía leer algo así como «John & Nancy» junto a un corazón. O una fecha que recordaba a los jóvenes bárbaros el momento en que visitaron Granada. Limpiar sin estropear e, incluso, sin interrumpir las visitas era la labor de todo un equipo de especialistas.

—Todo iba bi… bi… bien… Hasta que llegaron al pa… pa… patio de los Leones.

—Venga, Crispín, no seas lento. ¡Revolera!, ¿qué pasó?

Crispín, atascándose más de lo deseado por sus interlocutores, les explicó que el nombre «Alhambra» procede de una voz árabe que significa «roja» (*cala al-hamrá*, es decir, «castillo rojo»). Tal vez por el color ferruginoso de las torres, tal vez porque se asienta en una colina cuyo color predominante es el bermejo. La leyenda también tiene que ver con ese colorido, adujo el guarda, sin duda porque todo lo que explicaba lo había aprendido de los guías, a los que durante tantos y tantos años había oído decir lo mismo, y existe un poema que habla de la construcción de la Alcazaba a la luz de las antorchas y que del rojo del fuego le viene, precisamente, el nombre.

—De es… es… de esto… ha… ha… hace ya siete si… si… si…

—¿Sí?

—Siete siglos —concluyó a toda marcha.

—Pero, Crispín, ¿qué tiene que ver todo eso con lo del león?

Todo tiene que ver en Granada. Dice un poeta del tiempo de Muhammad V, el que construyó el patio de los Leones, que «la Alhambra es un rubí en lo alto de una corona». Como se ve, todo tiene que ver con el color rojo. El color de la puesta del sol, el color de la sangre que corre por las venas.

No se puede olvidar que en el sur del patio se encuentra la sala de los Abencerrajes, cuyo suelo de mármol tiene manchas escarlatas.

—Dicen que son de la sangre filtrada de los Abencerra allí muertos —explicó Charo.

—Pura leyenda. Es la herrumbre ocre del mármol —afirmó Ulises.

Crispín comentó que, leyenda o superstición, el caso era que últimamente, mientras se restauraba el palacio, no se hablaba de otra cosa. Se murmuraba en corrillos, como si alguien deliberadamente hubiera pasado la voz de que aquél era un lugar mágico.

—¡La Alhambra es mágica! ¡Vaya si lo es!

Ulises recordaba todo lo que Washington Irving había escrito sobre mitos y tradiciones. Y también recordaba todas las fantasías poéticas que pasaban de boca en boca, de abuelos a nietos, contribuyendo a edificar un mundo de fantasía alrededor de la joya.

—En… en… entonces sucedió.

Crispín sonrió misteriosamente.

—¿Qué sucedió?

—El male… male… ¡maleficio!

—¡Venga ya! Explícate de una vez.

—No podéis ni imaginarlo —dijo el guarda de un tirón—. De uno de los leones…

Nueva pausa que puso a Charo los nervios de punta. Sin embargo, Ulises estaba casi seguro de que conocía la continuación y se aventuró a decirlo en voz alta:

—De uno de los leones comenzó a brotar sangre.

Crispín abrió mucho los ojos.

—¿Có… có… cómo lo sabes?

Y luego añadió, tras pensarlo un poco:

—Ah, ¿ya te lo han con… contado?

—No, no me han contado nada. Pero me lo imaginé. Hay tantos misterios rojos en la Alhambra: el rubí, el fuego, el sol, la tierra ferruginosa… La sangre es uno más. Alguien quizá pensó en gastar una broma o algo peor.

—¡Pues vaya bro… broma! —replicó Crispín. Y explicó las consecuencias. Primero, el susto de muerte que se llevaron los obreros. Al ver la sangre, rro quisieron seguir trabajando. Pensaban que se trataba de una maldición. Y dejaron de trabajar.

—Una cosa está clara, Crispín —afirmó Ulises—. Intencionadamente se creó un clima de inquietud, y así, cuando comenzó a manar la sangre del león, la superstición hizo el resto. ¿Cómo se presentó el fenómeno?

Crispín explicó que aparecía y desaparecía. Sangre, agua, otra vez sangre. El caso es que decidieron averiguar de qué se trataba y desmontaron el león.

—Pufff —Charito respiró aliviada porque no había sucedido nada irreparable, pero en el fondo estaba un tanto decepcionada pensando que quizá la aventura había llegado a su final—. Entonces, ¿el león no ha salido de la Alhambra?

—¡Qué va! —respondió Crispín—. Lo desmon… desmon… lo desmontaron.

El guarda condujo a la pareja hasta la sala de los Abencerrajes, donde el león estaba protegido cuidadosamente bajo una lona.

Por el camino les explicó que un tal Mendicutti fue el encargado de dirigir las operaciones para desengarzar al león de la fuente. El mismo Crispín condujo al experto a su alojamiento en el Parador Nacional.

Fue Mendicutti quien, al analizar la supuesta sangre, descubrió que no era más que agua teñida por un espeso colorante bermejo.

—¡Lo sabía! —exclamó eufórico Ulises—. La madeja se desenreda. La gravilla teñida y la bolsita de té.

Charito le miraba perpleja, como si tuviese ante sus narices al mismísimo Sherlock Holmes.

—¿Bolsita de té? ¿Gravilla teñida? No entiendo nada.

Ulises no quiso dar explicaciones por el momento, sobre todo porque se acercaban al lugar donde se encontraba la lona que cubría al león de piedra.

—Aquí es… es… está —dijo Crispín sonriendo.

Ulises, en cambio, no compartía su alegría.

—No se moleste, amigo Crispín. El león ha volado.

—Pero ¿có… có… cómo puede vo… volar un le… un león?

—Eso es lo que todavía tenemos que descubrir.

—Venga ho… ho… hombre. No sea bro… bro… no sea bromista.

Crispín agitó la cabeza sonriendo como un chaval al que han pretendido tomar el pelo amistosamente.

Luego se dirigió hacia la lona.

Charo miraba alternativamente al guarda y a su primo Ulises. Sabía que cada uno estaba pensando una cosa bien diferente. Y ella, aunque seguía sin comprender bien el asunto, se puso instintivamente del lado de Ulises, pues en cuestiones detectivescas siempre tenía razón. Aunque en este caso la razón pareciese completamente irracional.

Crispín levantó la lona. Los ojos se le quedaron de cuadros, y sin tartamudear, gritó de un tirón:

—¡Han robado el león!

La clave está en Sofía

ESTA vez sí que sí. Fue noticia de primera página. Interrumpió la programación radiofónica. Abrió los telediarios. Y todas las preguntas se le formulaban al inspector Macael, el encargado del caso.

—¿Cómo ha podido suceder, inspector?

—Estamos investigando —era la respuesta lacónica.

El policía era algo petulante y no paraba de fumar.

—Estamos investigando y de momento no puedo decir nada más.

Lo cierto era que no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo. Así lo dedujo Ulises de sus declaraciones. Más perdido que una aguja en un pajar. Lo primero que había hecho fue cercar la Alhambra de forma que nadie pudiera entrar en el recinto. Y comenzó a interrogar a sus sospechosos, los guardas, los responsables de la huelga.

—No es por ahí —se decía Ulises—, no es por ahí.

En la trastienda de *El Secreto*, rodeado de las telarañas que forman los años en los libros intocables, Ulises Cabal revisó todas sus pruebas. Comenzaban con las palabras misteriosas captadas en el magnetófono, seguían con el mensaje del manuscrito; después estaban las huellas con esa palabra incomprensible, hasta llegar a la bolsita de té. El mensaje era, evidentemente, un aviso de que algo podía suceder, incluso una invitación a que sucediera. Pero no estaba muy claro.

La bolsita de té había servido para que los polvos ferruginosos de su interior colorearan el agua que brotaba por la boca de uno de los leones.

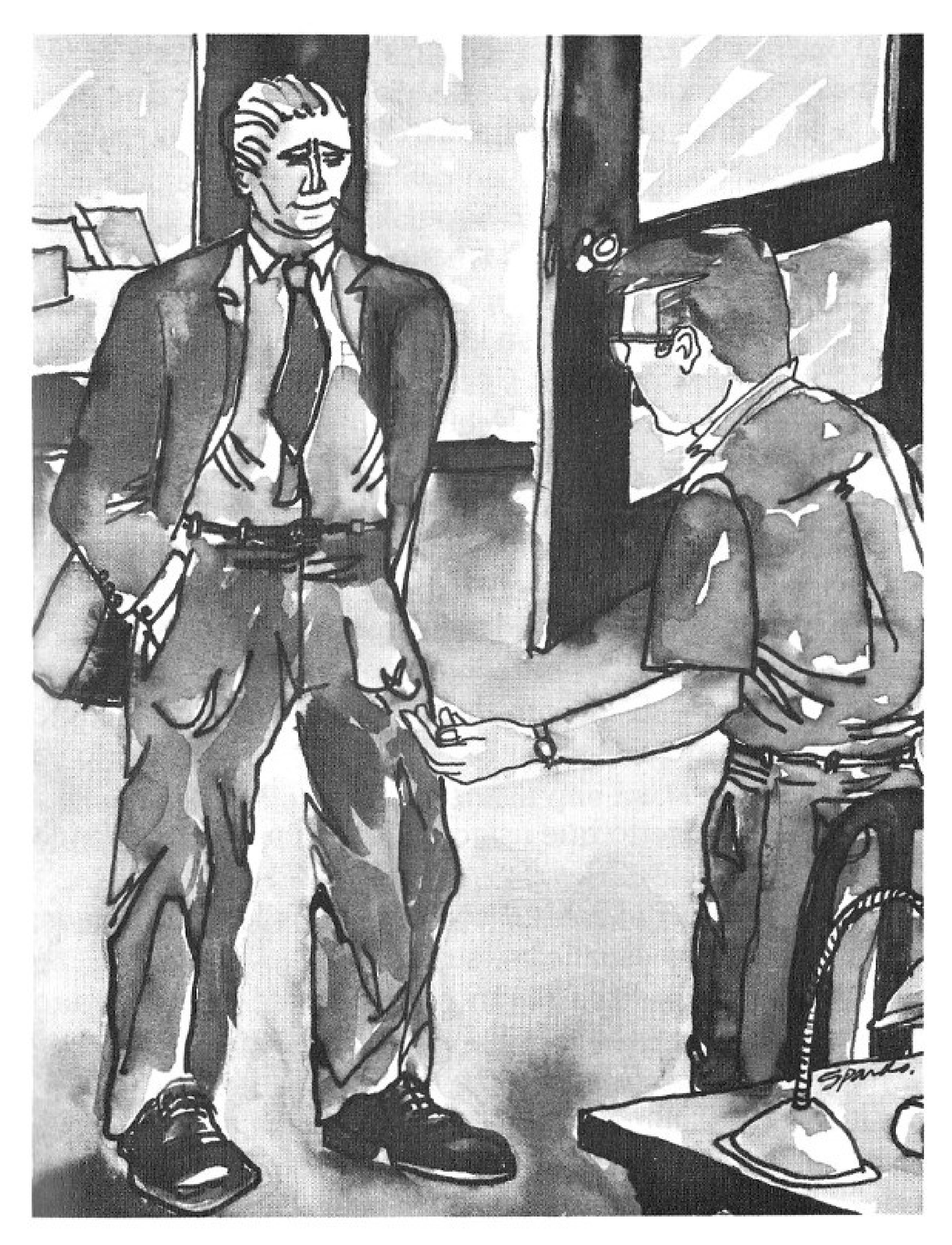
Entonces, las voces y las letras de las huellas, ¿tendrían algo que ver? Ulises estaba seguro de que sí. ¡Por san Cirilo!

¿San Cirilo? ¿Cómo se le había ocurrido acordarse de ese santo en esos momentos? Buscó en sus enciclopedias, pero no decían nada especial de san Cirilo. Hasta que dio con aquel fraile que inventó un alfabeto distinto del que nosotros utilizamos, distinto del que utilizan los árabes o los israelitas, parecido al utilizado por los griegos.

En el alfabeto cirílico, la C corresponde a nuestra S. La Ø equivale a la letra F. Y la que está representada por dos triángulos juntos И es la I. De esta forma, si la palabra de la huella del zapato estaba escrita en estos caracteres, la palabra resultante en castellano era SOFÍA.

Y «Sofía» tenía algo que ver con «su tía», o sonaba, más o menos, como «se fía».

Ulises palmoteo como las focas porque, aunque carecía de sentido, al menos estaba un poco más claro. Tenía la huella de unos zapatos llamados «Sofía» en cirílico. Y unas voces misteriosas que hablaban de la tal Sofía en un pasadizo secreto donde aparecía un valiosísimo manuscrito con un mensaje o profecía que ocurriría en este año bisiesto de 1988.



Tomó su bloc con el propósito de poner todo en orden por escrito cuando oyó que llamaban a la puerta. Fue a abrir con la esperanza de que se tratara de alguno de sus amigos. Era el inspector Macael.

—¿Me permite? —Antes de que Ulises pudiera responder, el inspector estaba ya pasando la mano por el lomo de los libros.

—Por favor, siéntese.

El inspector se sentó con las piernas cruzadas, al tiempo que Ulises ocultaba su bloc y cerraba el cajón en el que tenía la bolsita de té y la hebra de hilo.

—Usted dirá.

—Como sabrá, me han encargado el caso del robo del león de la Alhambra —dijo con el cigarrillo en la comisura de los labios.

—Pues no, no sabía nada —respondió Ulises sólo para fastidiarle, ya que había entrado allí como Pedro por su casa, sin preocuparse de la ceniza de su cigarrillo que ahora caía indolentemente sobre el suelo—. ¿Han descubierto ya algo?

—He descubierto que usted ha estado por ahí haciendo preguntas.

—Me interesa el asunto como a todos los granadinos; como a todos los españoles, supongo.

—Sí, sí, claro. Pero según parece, usted estaba seguro de que lo habían robado. ¿En qué se basaba?

—Pura lógica. Era todo tan fantástico…

—No le entiendo —protestó el inspector, al tiempo que se ponía a toser porque el humo se le había ido por otro lado—. ¿Es lógico o fantástico?

—Mire usted: me gusta leer, como comprenderá. Y he leído muchas leyendas de esta ciudad. ¿No dicen que todo es posible en Granada?

—Sí, sí, claro, pero eso no justifica…

—¿Cuántos años hace que se viene soñando con los tesoros ocultos de la Alhambra? Quizá desde que Boabdil se marchó. Entonces, cada vez que sucede algo anormal, atípico, todos pensamos que algo misterioso hay detrás.

—Mire usted, señor Cabal. Éste es un asunto muy serio y no podemos perdernos en palabrerías. Estoy seguro de que usted sabe algo más de lo que me dice, y si es así, le ordeno que me lo comunique.

—Lo siento, sólo soy un detective aficionado.

—¡Usted es un ciudadano y su deber es cooperar con la policía! —exclamó el inspector furibundo, al tiempo que arrojaba la colilla al suelo y la aplastaba con la punta del zapato.

Ulises, con toda paciencia, se agachó para recogerla y echarla en un platito de cerámica que hacía las veces de cenicero.

—Lo siento —se disculpó el inspector avergonzado—. Fumo demasiado. Cualquier día lo dejo. Cuando encuentre el león. Lo prometo.

—Le avisaré cuando sepa algo que pueda interesarle —le replicó Ulises convencido de que no mentía; pues, efectivamente, sólo iba a decirle al

inspector aquello que, en su opinión, podía interesarle. Ni una palabra más. Y, de momento, sus investigaciones eran absolutamente privadas.

—Adiós, muy buenas.

Cuando la puerta se cerró, Ulises volvió a sus estudios en busca de pistas. Pero de nuevo la puerta anunció visita.

—Pasa, Charito.

—El que acaba de salir es de la pasma, ¿no?

—Sí, el inspector No-sé-qué. Ese que no para de hablar por la radio para no decir nada.

—¿Y qué quería?

—Saber lo que sabemos nosotros.

—¡No te jeringa!

Charo miró por encima del hombro de su primo y vio lo que estaba escrito en el bloc.

—Oye, ¿qué es eso de Sofía? ¿Tiene que ver con el misterio?

—Es el nombre que aparece en las huellas encontradas en el patio y en el pasadizo; además, escucha…

Ulises accionó el magnetófono. No, no era nada de la tía, ni de que se fía…

—¡Revolera! Dice algo de Sofía.

—Exacto. Y no se trata de la voz de ninguno de nosotros, por lo que pertenecerá a alguna de las personas que caminaban por el pasadizo, probablemente sacando el león. Pero ¡tejeringos fritos! Los ladrones estuvieron al alcance de nuestras manos…

—Si en vez de ir hacia la Alhambra hubiéramos escogido el otro camino…

—¡Los habríamos trincado! ¡Rayas y centollos! —maldijo rascándose la coronilla.

—Calma, Ulises Cabal, que nadie es perfecto.

Una chispa de genialidad traspasó los gruesos cristales de las gafas del librero.

—¡Perfecto; eso es: perfecto! No existe el robo perfecto. ¿Quién fue el último que vio el león de piedra?

—El ladrón.

—Ése todavía lo está viendo. Pero la última persona honrada que estuvo en contacto con la escultura fue, sin duda, el restaurador.

—¡El señor Mendicutti!

—En efecto. Y vamos a ir a verle.

—¿Adónde? No sabemos dónde está.

—Recuerda, Charito, lo que dijo Crispín. Que le había conducido a su alojamiento…

—¡Ah, sí, en el parador!

—Pues vamos allá.

El día comenzaba a declinar. La ciudad de Granada olía a flores y naranjas. El cielo azul estaba oscureciéndose al brillo de las primeras estrellas de la tarde.

En el vestíbulo del local hotelero todo era tranquilidad cuando llegó la pareja.

—Por favor, ¿la habitación del señor Mendicutti?

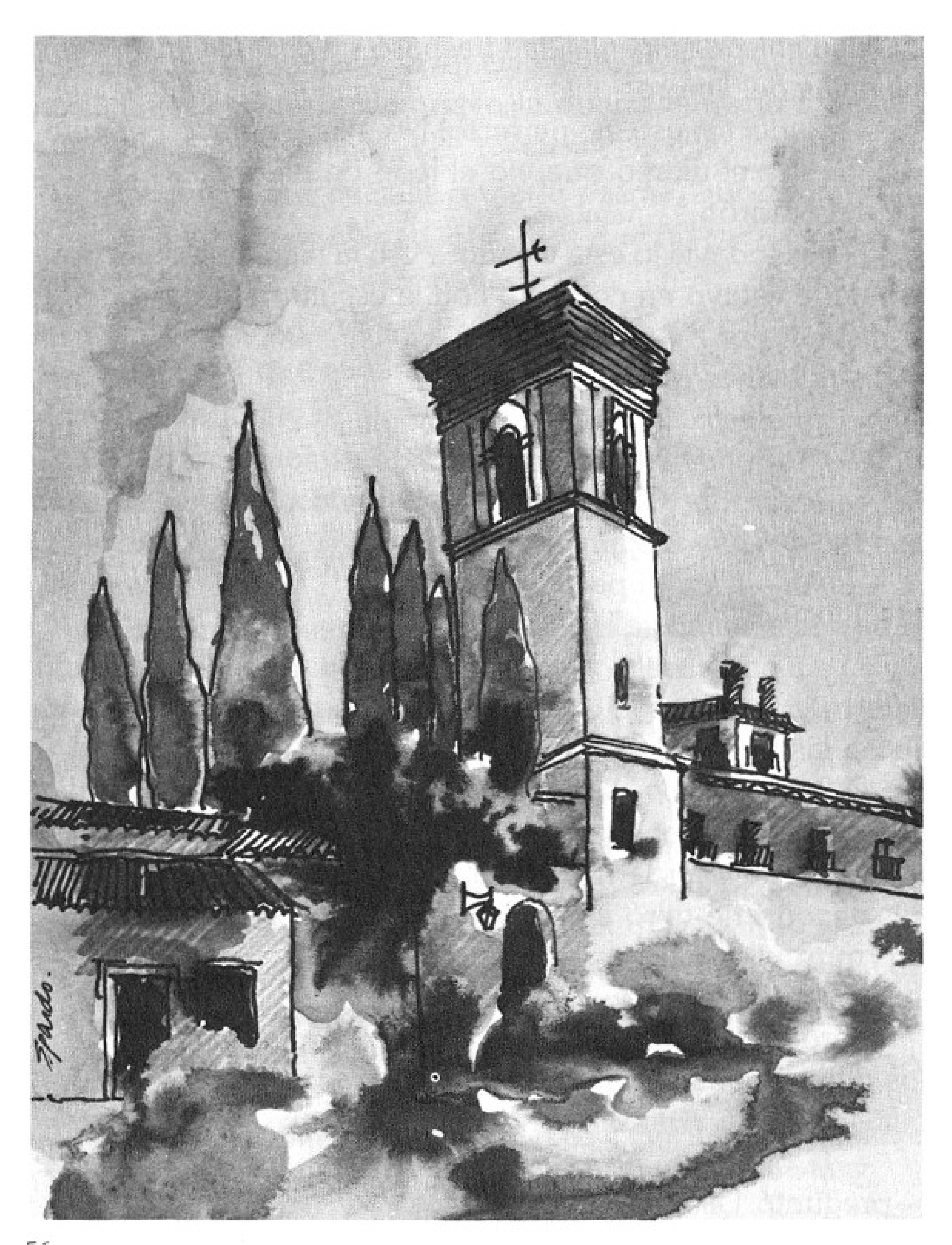
El conserje miró el libro de huéspedes y dijo casi como un murmullo:

—Tres veintiuna.

Pero cuando Ulises y Charo se dirigían hacia el ascensor, los detuvo, añadiendo:

—No está arriba.

—¿Cómo que no está? ¿Se ha marchado de Granada? —preguntó Ulises alarmado.



—No, de Granada no, porque no ha liquidado la cuenta. Pero desde ayer no aparece por el parador. Ni siquiera a dormir.

Charo miró a Ulises y ambos pensaron lo mismo: «¡Qué cosa tan rara!».

—Aquí está su llave y algunas cartas que ha recibido. Si regresa, ¿quién le digo que ha preguntado por él?

—Un amigo; no se preocupe, volveremos.

Charito estaba un poco desilusionada.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Pues… entrar en su habitación.

—¿Sí? ¿Y cómo?

—No lo sé, pero tenemos que ver lo que hay en la habitación del señor Mendicutti. Es extraño que no haya pasado aquí la noche.

Mientras hablaban a las afueras del parador, vieron llegar una furgoneta de la lavandería. En muchas películas la gente se fugaba entre la ropa sucia, cuando el vehículo se marchaba de la cárcel. Pero ahora no se trataba de fugarse, sino de entrar. Vieron llevar varios cestos con ropa de cama, con toallas, con uniformes de mozos y camareras.

—Entretenlos —dijo Ulises antes de desaparecer.

Charito se dirigió a los empleados de la lavandería y se enrolló con ellos.

—Oye, tú eres el hijo de María la Canastera, ¿no?

—Pero ¿qué dices, chiquilla? —protestó el conductor—. Yo soy más payo que los mismísimos Reyes Católicos.

—Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo qué y qué? Pues que María la Canastera es gitana.

—¿Y tienes algo contra los gitanos, mi alma?

—¿Yo? Nada. Que te lo diga éste —señaló a su compañero.

—Pues la María la Canastera que yo digo también es paya. Por eso creí que eras su hijo. Porque tu madre se llama María, ¿sí o no?

—Sí, ¡no! Quiero decir que no, ¡vaya lío! Mi madre se llama María…

—Pues eso.

—Pero ni es canastera, ni es gitana, ni vive en el Sacromonte, ni…

—Pero ¿yo he dicho algo de que viva en el Sacromonte, mi alma? ¿He dicho yo algo de eso? ¿A que no? A ver, tú, que estás muy calladito, ¿he dicho yo que la madre de éste vive en el Sacromonte?

Cuando Charito oyó un silbido, supo que Ulises había conseguido lo que quería y dejó a los dos amigos enzarzados en una discusión sobre los orígenes de su familia.

Ulises tomó prestados dos uniformes de servicio que les iban a permitir penetrar en el parador sin llamar la atención.

Así lo hicieron intentando disimular las arrugas de la ropa sucia. La verdad era que iban como dos fantoches. Ella casi arrastrando la falda, él con los pantalones que no le llegaban ni al tobillo.

Piso tercero. Habitación 321. Primero llamaron a la puerta discretamente. Nadie respondió. Entonces, disimuladamente, Ulises utilizó la llave que

llevaba colgada al cuello, la herencia de su tío Amaniel, al tiempo que rogaba:

—Tito, tito, que tu llave funcione, que tu llave abra la puerta y que la abra antes de que aparezca alguien y nos pille con las manos en la masa…

¡Chac!

La puerta se abrió y la pareja entró en la solitaria habitación. Ulises besó la llave de su tío como si fuera una reliquia.

—¡Es una llave maestra! —susurró Charo emocionada.

—Mira a ver si viene alguien.

—Me quedo vigilando —dijo la muchacha, al tiempo que pegaba su oreja derecha a la madera de la puerta.

Mientras tanto Ulises echó una rápida mirada a la habitación. Todo estaba en orden. Ninguna huella de violencia, ni de que el huésped hubiera abandonado la habitación por la fuerza. Y, sin embargo…, sin embargo, Ulises recogió del suelo una hebra de lana. A cualquiera le hubiera pasado inadvertida, pero no a él, que tenía la parejita.

—¡Que viene alguien, que viene alguien! —exclamó en un suspiro Charito.

¿Dónde esconderse? ¿En el cuarto de baño? No. ¿En un armario? Sería lo primero que abrirían. Y quedaban segundos antes de que los descubrieran, pues ya se oía el sonido de las llaves.

—¡La cama!

Rápidamente se deslizaron bajo ella. Muy juntitos, conteniendo la respiración. La puerta dio paso a cuatro pies. Dos de ellos le resultaban desconocidos a Ulises, aunque parecían ser los del director del establecimiento hotelero. Pero los otros dos los conocía porque no hacía mucho que los había visto bastante de cerca, cuando se agachó a recoger una colilla en su tienda.

—Así es que ésta es la habitación del señor Mendicutti, ¿verdad?

—En efecto, inspector. Tal y como la dejó.

—Antes de irse, pero ¿adónde?

—Ni idea, inspector Macael. Eso mismo les ha dicho el conserje a unos amigos suyos que han venido preguntando por él hace un rato.

—¿Unos amigos? ¿Quiénes?

—Ni idea, señor; no dejaron sus nombres…

—¡Chist, silencio!

El inspector hizo que el director callara, y Charito y Ulises pensaron que habían sido descubiertos por algún ruido imprudente. Pero parece que lo que

llamaba la atención del inspector eran unas voces que se oían en la habitación vecina. A Ulises estas voces le sonaban vagamente.

—¿Quiénes son esos que están hablando?

—Los señores de la tres veintitrés. Unos clientes búlgaros.

—¿Y cuántos días llevan aquí?

—Unas dos semanas, inspector.

—Está bien, vámonos. Ya está todo visto.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Charito asomó la cabeza para respirar. Pero Ulises continuó bajo la cama, inmóvil.

—¡Ulises! ¡Ulises! ¿Qué te ocurre? Vamos, sal de ahí.

Pero Ulises no podía oír las palabras de su prima, ya que sus cinco sentidos, incluso el sexto, trabajaban a toda velocidad.

—Dos semanas, búlgaros. ¡Lo tengo! ¡Ya está! —Y añadió un grito de júbilo—: ¡Yuuuuu, yuuuu!

—¡Chist! ¿Estás majara? Nos van a descubrir. Sal —susurró Charo al tiempo que tiraba con energía de una de las mangas de su primo.

¡Rrrraaasss!

Charito se quedó con la manga del uniforme colgándole de la mano. En un principio permaneció con la boca abierta, muy sorprendida, contemplando el trozo de tela. Luego estalló en unas carcajadas incontrolables.

Ahora era Ulises el alarmado por el estrépito alegre de su prima y quiso salir a toda velocidad de su escondrijo; pero no contaba con que uno de los muelles del somier se había enganchado en sus pantalones y…

¡Rrrraaasss!

Charito, para no alarmar a todo el parador, no tuvo más remedio que meter la cabeza bajo la almohada, al ver a Ulises en pie, contemplando sus calzoncillos floreados.

Pero Ulises estaba en otro lugar, meditabundo.

—Charito, ¿qué tal andas de geografía?

La muchacha, aún aguantando las risotadas, hizo un gesto con la mano que significaba: «así, así».

—Dime, ¿cuál es la capital de Bulgaria?

Todavía con lágrimas en los ojos, Charo miró a su primo. Y ambos al tiempo dijeron la palabra mágica:

—¡Sofía!

El león empieza a rugir

—¡SE las piran! —anunció alarmada Charito.

Las voces de los búlgaros parecían agitadas y se oían los chasquidos de las maletas al cerrarse.

—¡Rápido! No podemos perderlos de vista.

A Charo le entró de nuevo la risa que, a duras penas, contuvo.

—¿Te has fijado en la pinta que llevas? Y no estamos en carnaval.

—Es verdad —dijo apesadumbrado Ulises mirándose los floreados calzoncillos—. Síguelos tú. Arréglatelas como puedas para entretenerlos en el vestíbulo hasta que yo aparezca.

Charito salió al pasillo. Los búlgaros, uno calvo, otro con una gorra de cuadros, esperaban el ascensor.

Sin pensárselo dos veces, y utilizando su disfraz de camarera, cogió un carrito con platos y tazas, abandonado a la puerta de una habitación. Y se coló en el ascensor con los dos «chorizos».

Mientras, Ulises, con ayuda de su llave maestra, penetró en la habitación de los búlgaros en busca de alguna nueva pista.

—¡Ajá! Conque aquí estabas, ¿eh? —exclamó al sacar del hueco formado entre un cajón del armario y la pared un mono arrugado con manchas rojizas—. Dos pájaros de un tiro —dijo con una sonrisa irónica al tiempo que se enfundaba el mono.

Por su parte, Charito se dijo:

—Ahora o nunca —y lanzó el carrito repleto de vajilla contra los búlgaros en el afán de cortarles la salida.

El estrépito fue monumental. Todas las miradas se fijaron en los ladrones que yacían espanzurrados por los suelos.

Charito se deshacía en absurdas disculpas, intentando limpiar con el delantal las manchas de chocolate, café, vino y salsas que pringaron a los compinches.

De esta forma les impedía levantarse, pues cada vez que lo intentaban, Charo les ponía un paño en las narices con la excusa de que les estaba

adecentando.

—Mi alma, ¡cuánto lo siento! Disculpen ustedes, pero no se preocupen que no hay mancha que no se limpie. ¡Si lo sabré yo! En un santiamén les avío…

Si las miradas matasen, Charito habría caído fulminada, ya que los ojos de los búlgaros lanzaban furiosos reflejos.

Por fin apareció Ulises, que se unió a la escena caótica, ayudándoles a incorporarse, aunque los otros no querían ninguna colaboración y escaparon hacia el exterior. Antes de seguirlos, Ulises dijo a su prima:

—Llama a Juanjo y a Selim. Yo iré con ellos. Seguid mis pistas.

—¿Qué pistas?

—Todavía no lo sé. Tendrás que afinar tu imaginación. ¡Anda, corre!

Charito se escabulló entre los curiosos que los habían rodeado.

Como un empleado solícito, Ulises ayudó a los dos maleantes a cargar sus maletas en una pequeña furgoneta, a la que faltaba en la parte de atrás la rueda de repuesto.

Luego extendió la mano en espera de propina. ¡Y se la dieron!

—Muchas gracias, señores.

Al decirlo con una reverencia, Ulises se apropió de un periódico escrito en extraños caracteres que estaba en el asiento trasero. Era una edición atrasada de un diario de Sofía.

—¡Ya tengo la pista!

Luego, sin pensárselo dos veces, mientras el vehículo hacía la maniobra para alejarse de allí, se colocó en el hueco de la rueda; medio colgando, medio sujeto. Menos mal que se había hecho ya de noche y así las posibilidades de ser descubierto eran menores.

De esta forma se dispuso a hacer un extraño viaje.



El coche de Juanjo era una tartana último modelo. Tartana porque tenía más años que Matusalén; pero último modelo porque Juanjo lo había recompuesto, metiendo bajo la carrocería de aspecto vetusto un motor totalmente preparado.



Cuando llegaron al parador, no sabían en qué dirección tirar.

—¿Adónde vamos? —preguntó Selim.

—Pues ni idea. Dijo que iba a dejar huellas. Y hay huellas de coches, huellas de pasos. Pero ¿cuáles son las suyas?

—Vamos, montad —les requirió Juanjo acelerando en vacío—. Daremos una vuelta por todos lados.

—¡Un momento!

—He encontrado un papel.

Selim mostró lo que acababa de recoger.

Doblada en forma de flecha, allí estaba la primera página de un periódico búlgaro. Y la flecha indicaba una dirección.

—Vamos hacia allá —indicó Charo—, pero no muy deprisa, Juanjo, porfa. Tenemos que ir buscando las demás pistas, sobre todo cuando lleguemos a los cruces de los caminos.

De esta forma, la persecución fue excesivamente lenta. Cada vez que había una duda se detenían, buscando por todas partes, hasta que encontraban una página arrugada del periódico de Sofía. No era fácil, pero tampoco eran muchos los lugares donde pudiera esconderse una furgoneta conocida.

Charo, Selim y Juanjo seguían, como buenos sabuesos, todos los rastros.

* * *

Ulises notó que estaban llegando. La furgoneta se detuvo a los quince o veinte minutos en una urbanización de las afueras, formada por chalecitos unifamiliares. Al pasar la verja, antes de que el vehículo se detuviera finalmente, Ulises saltó y se escondió entre las plantas.

Luego, sigilosamente, se deslizó hasta la parte baja de la ventana. Ésta tenía echada la celosía de plástico, pero un par de tirillas no habían ajustado bien y se podía ver parte del interior.

Allí había varios hombres que hablaban en búlgaro y se movían mucho. Y un hombre que no se movía y no hablaba nada. No se movía porque estaba atado; no hablaba porque tenía una mordaza en la boca.

«Mendicutti», exclamó Ulises mentalmente.

Lo que decían los raptores resultaba imposible de comprender, pero se notaba que estaban inquietos, quizá esperando a alguien que dirigía la operación.

Ulises estaba seguro de que el león estaba cerca, muy cerca, y que quizá no tardaría en oír su rugido. O en recibir su zarpazo si era descubierto.

En ese momento oyó un ruido a sus espaldas y ya iba a volverse cuando una mano le selló la boca.

Las tres sombras le hacían señas de que no dijera nada.

—¡Qué susto me habéis dado!

—Las pistas estaban bien, pero no creas que ha sido fácil.

—Lo habéis hecho estupendamente. Mirad lo que hay dentro.

—¡Revolera! —exclamó Charo al ver al hombre amordazado.

—Estamos cerca, muy cerca. Habéis traído coche, ¿verdad?

—Claro —explicó Juanjo—, pero lo hemos dejado unos chalés más allá, para no llamar la atención.

—Estupendo. Porque nos va a hacer falta. Presiento que la aventura no termina aquí. Ni mucho menos. Y además falta alguien.

—¿Quién?

No pudieron seguir hablando porque un taxi, que partió inmediatamente, trajo hasta la verja a un nuevo personaje. Su paso firme hacía casquear la gravilla; se le notaba seguro de adónde iba, tan seguro que no vio un charco de agua en el que metió el zapato derecho.

Echó una maldición en su idioma y luego avanzó por el porche, abriendo la puerta tras dar unos toques intermitentes.

Los del interior, que al sentir los golpes se habían alarmado, se tranquilizaron al oír la contraseña. El recién llegado hizo una pregunta y los demás asintieron. Abrieron una puerta al fondo de la habitación.

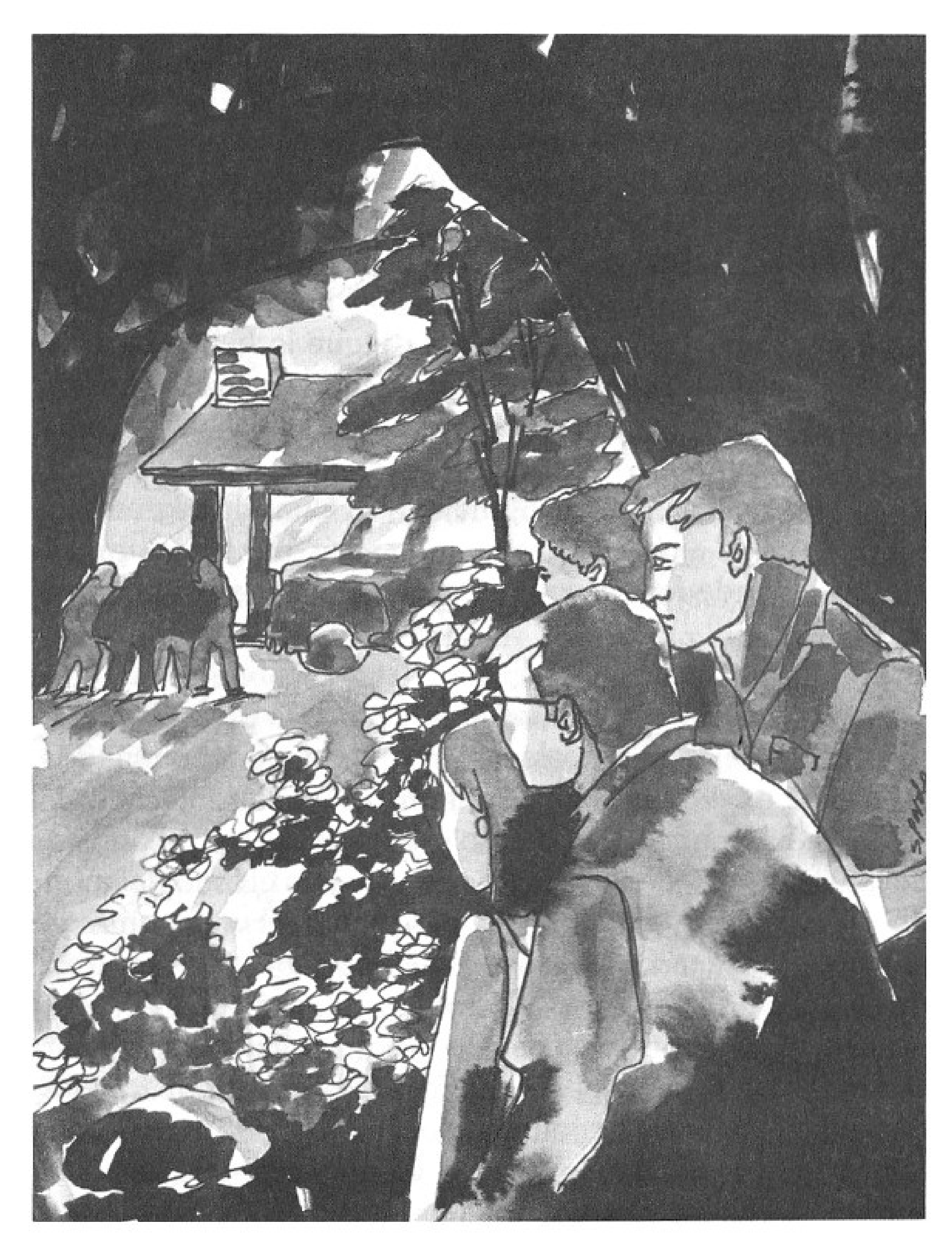
Ulises no sabía adónde mirar. Porque en el porche había algo que le sonaba: la huella que había dejado el hombre que metió el pie en el charco, tenía unas letras conocidas, sin duda del lugar de fabricación del zapato. Traducidas, estas letras significaban «Sofía».

Pero en la puerta recién abierta, algo muy conocido asomaba su cabeza inmóvil, esperando, quizá, su destino definitivo. El león de la fuente, protegido con mantas y gomaespuma para no dañarlo, estaba allí.

—¡El león! —murmuró Charito.

«¡El león!», pensaron los demás con satisfacción.

—Aquí está el león —dijo con acento extranjero el que parecía el cabecilla, mirando fijamente al hombre amordazado—. Mañana usted estará libre y yo seré inmensamente rico. ¿Cómo?, se preguntará. ¿Quién puede ofrecerme una fortuna por este trozo de piedra? Un loco, naturalmente. ¡Y todo por una leyenda!



El hombre pidió a uno de los que le acompañaban que le entregara el manuscrito de Washington Irving, donde se explicaba la profecía; al enterarse de que lo había extraviado en el pasadizo, comenzó a darle capones con los nudillos, mientras el otro se protegía la cabeza.

—¡Ay, ay, ay!…

—Ni ay, ni ay, estúpido, majadero. Cuando regresemos a Sofía, ya te ajustarán las cuentas. Irás a las canteras de Plovdiv, donde los mosquitos son tan grandes como murciélagos.

—Oh, no, no…

—Oh, sí, sí —se impuso el jefe.

Luego, dejando de golpear al torpe de sus subordinados, esbozó de nuevo una sonrisa para hablar con Mendicutti.

—Una leyenda, sí. «Cuando el león del islam vaya al oasis de las ciento veinticuatro palmeras…, serás el amo del mundo». Yo conozco al que posee el oasis y a él voy a entregar el león. ¡Pobre tonto!, pensar que el poder está en un trozo de piedra y en unos dátiles. Pero ¡en fin!, cada cual tiene sus manías. Y yo ahora me despido de usted. Fue muy amable al desmontar la fuente para nosotros. Aunque luego haya descubierto el verdadero motivo y por eso hayamos tenido que retenerle. Por poco tiempo ya… Como verá, el león no ha sufrido el menor desperfecto. Nosotros también sabemos valorar las obras de arte. Y, además, esta misma noche estará en su nueva jaula dorada. Luego, ¡que ruja lo que quiera!

Se echó a reír, siendo imitado por sus hombres a los que regañó por hacer demasiado ruido. Seguidamente hizo una reverencia ante el secuestrado.

—Hasta nunca, amigo mío. Lamento haber despojado a la Alhambra de uno de sus leoncitos, pero aún les quedan once más.

Se rió mefistofélicamente mientras añadía frotándose las manos:

—Los negocios son los negocios.

Ulises y sus amigos hubieron de esconderse rápidamente porque los delincuentes se dispusieron a cargar su preciada posesión en la furgoneta. La operación era supervisada personalmente por el jefe, mientras otros hombres, presumiblemente armados, vigilaban.

Algo estuvo a punto de desbaratar la operación.

Se oyeron unos pasos, acompañados de un sonido indefinido. Los búlgaros formaron un círculo, tapando y protegiendo al león embalado.

Por su parte, Ulises y sus amigos apenas se atrevían a respirar. Fuera lo que fuera, si los descubrían, podía ser el fin. En el mejor de los casos los encerrarían en el chalé con el señor Mendicutti, mientras el león volaba hacia su nuevo destino. Y en el peor de los casos…

«¿Cuál sería el destino?», se decía Ulises que ni en esos momentos podía dejar descansar el coco: «Ha hablado de un loco, del islam, de un oasis… Sin duda se trata de un árabe fanático, de un emir del petróleo, capaz de…».

Se volvió al oír el sonido amenazador.

Un afilado cuchillo destelló en la oscuridad de la noche. Su dueño avanzaba lentamente hacia Ulises y sus amigos. Selim empezó a temblar, por más esfuerzos que hacía para disimular. Tenían las bocas secas, el corazón en un puño.

—Miauuuu…

Un lastimero maullido rompió el silencio y la tensión. El calvo había descubierto al causante de la alarma. Izó por el pellejo del cuello al gato rayado que le miraba asustado.

El búlgaro guardó su cuchillo mientras acariciaba al minino que, casi inmediatamente, se puso a ronronear. Evidentemente, al calvo le gustaban los animales, pero poco le duró su gozo porque casi en seguida recibió varios capones en la cabezota. El animal se le cayó de la mano. ¡Ay!

—Un gato, un gato… ¡Lo que nos faltaba!

Todos volvieron a sus faenas mientras el felino, decepcionado por el trato, buscó nuevas amistades. Y de esta forma, muy decididamente, se dirigió hasta donde se escondían Ulises y sus amigos. Como si estuviera más solo que la una, o como si no hubiera comido en varios días, el gato se puso a maullar insistentemente.

El «Reina de Saba»

—¡CALLA, gatito! —musitó Charo por lo bajinis. Mientras lo acariciaba, no perdía de vista a los búlgaros que estaban acabando su operación de carga.

El calvo, que hacía de vigilante, se puso a sisear, sin duda con el afán de llamar al gato, que le había caído en gracia.

—¡Miauuu! —respondió el felino.

Charo aceleró sus caricias para que pudiera más el placer del mimo que la llamada del otro hombre, quien se acercaba peligrosamente a ellos.

Afortunadamente, un capón le frenó en seco.

—Ay, ay, ay…

El jefe debió de amenazarle de nuevo con los mosquitos gigantes de las canteras de Plovdiv, porque el calvo, sumisamente, se dirigió a la parte delantera de la furgoneta.

—Se van a marchar —dijo Juanjo, disponiéndose a seguirlos.

—No se irán sin nosotros —sentenció Ulises—. Nos convertiremos en su sombra.

—Selim pregunta: ¿cómo salvar al león?

—Selim hace buena pregunta —le dijo Ulises al oído—. Pero de momento no hay respuesta.

La furgoneta arrancó alejándose del chalé.

—Vamos —dijo Ulises.

—Adiós, minino —se despidió Charo.

—El gato se viene con nosotros; nos sera útil, ya lo veréis.

Ulises metió al gato entre el pecho y su camisa, donde estaba más calentito.

Charo quiso preguntar: «¿cómo nos va a ser útil?», pero no había tiempo. Corrieron hacia el vehículo de Juanjo.

Con las luces apagadas para no despertar sospechas, siguieron a la furgoneta de los búlgaros.

—Por favor, Juanjo, conduce con cuidado.

—Con cuidado, pero tan rápido como puedas, que no se nos escapen.

—¿Hacia dónde se dirigirán?

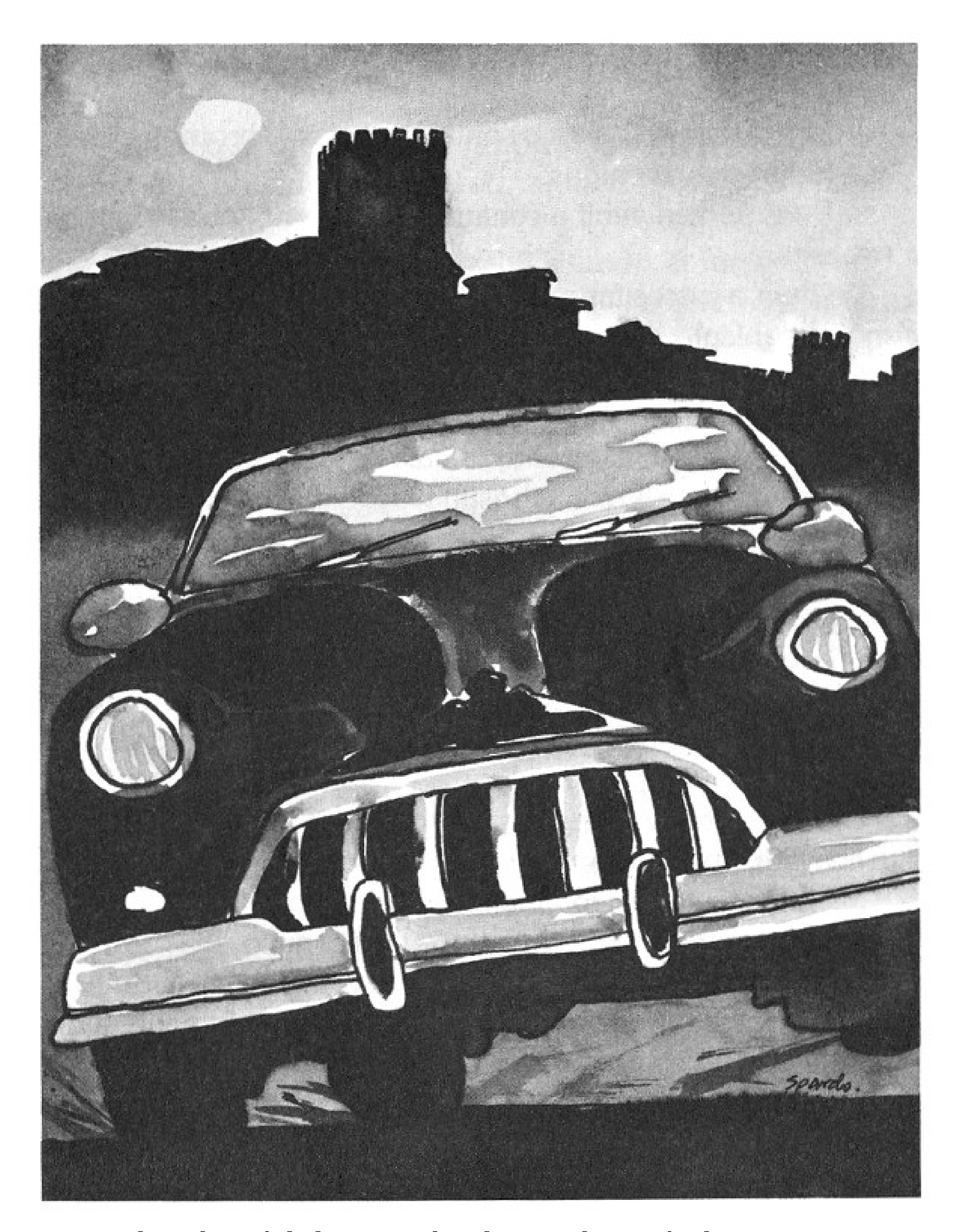
El camino era sinuoso y, evidentemente, bajaban hacia la costa. Hacía rato que habían abandonado la carretera principal y ahora seguían por un sendero sin asfaltar. Parecía como si fueran metidos en una lavadora: ahora para un lado, ahora para el otro, un bote, otro más…

—Han tomado esta ruta porque, sin duda, sabrán que las principales están vigiladas. Al menos eso pienso, si es que el inspector Macael hace las cosas medió bien.

—Pues yo no tengo ni idea de por dónde vamos.

—Yo sí… —aseguró Juanjo—. Al final de este camino está la cala del Contrabandista.

—Selim conoce el lugar —exclamó el marroquí con alegría—. Es el punto más próximo a África. Los contrabandistas embarcan en Melilla y vienen a la cala a dejar sus mercancías.



—Mucho sabes tú de los contrabandistas —bromeó Ulises.

—Selim tiene amigos.

—Pues podían venir a echarnos una mano, que lo vamos a necesitar.

Lo iban a necesitar antes de lo previsto, porque Juanjo frenó el vehículo con cierta brusquedad para no ser descubierto por los búlgaros que se habían detenido.

—¡Ahí están!

Entre Motril y Salobreña, la cala del Contrabandista era un lugar hermoso, pero inhóspito. Rocas y mar, y allá, sobre las mansas olas, un yate de nombre sugerente: el *Reina de Saba*. Era un barco pequeño, pero bonito, muy cuidado, protegido por unos hombres armados y que enarbolaba una extraña bandera en la que destacaba una media luna roja.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —Se inquietó Charo al ver cómo los búlgaros comenzaban a descargar el fardo con el león.

Ulises se colocó las gafas en la cabeza y, al tiempo que cerraba por unos instantes los ojos, se rascó el entrecejo.

Mientras tanto, el león fue introducido en el barco. En una jaula dorada cuyo dueño mostraba con orgullo. De momento no se veía más que la forma de la estatua de piedra, ya que, entre tanta gomaespuma y tanta lona, más parecía un paquete que la clave para dominar el mundo.

Los guardianes abrieron paso a un individuo deslumbrante ataviado de blanco, con túnica y sable al cinto. Parecía un personaje de película, pero era tan real como la noche, como el robo, como el gato que Ulises mantenía adormecido a su calor.

—Hay que organizaría y gorda. Pero muy gorda. Todos tienen que abandonar el barco, al menos la popa —indicó Ulises a sus amigos.

En la popa era donde estaba situado el fardo.

—Selim puede hablar con ellos —se ofreció el marroquí—, decirles mentira, confundirlos.

—No sería suficiente.

—Yo puedo contar que me he perdido —dijo Charo—; tal vez me ayuden.

—¿Olvidas que ya te conocen? Estás fichada. Tal vez te lleven con ellos a otro continente. Si te apetece un viaje, adelante…

—¿Tú quieres que me vaya? —preguntó Charito con doble intención, un poco coqueta.

—Claro que no quiero que te vayas. No puede faltar ni uno. Tres se hacen cargo del león, mientras otro llama la atención. No será fácil, pero tenemos que intentarlo; y de prisa, antes de que el barco zarpe.

—¡Ya está! —exclamó Juanjo. Explicó su plan al oído de Ulises que dio el visto bueno.

—Ojalá funcione. Porque no podremos ayudarte. Nosotros estaremos a lo nuestro. Tenemos que actuar rápidamente.

—No os preocupéis.

Juanjo dejó que el vehículo se deslizase pendiente abajo por el sendero. Ulises, Charo y Selim le vieron alejarse. Ellos, a su vez, descendieron por las rocas hasta la superficie del mar.

El *Reina de Saba* era un yate bonito, aunque tenía una característica que lo habría distinguido, en pleno día, de todos los otros yates del mundo. El *Reina de Saba* estaba pintado completamente de negro, quizá porque de esta forma podría pasar inadvertido en la oscuridad.

El coche de Juanjo iba tomando cada vez más velocidad, lanzándose como una flecha, sin hacer ruido, hacia la furgoneta de los búlgaros.

El primero en darse cuenta fue el calvo, que sacó a relucir su cuchillo al tiempo que daba la alarma.

—¡Cuidado, cuidado! Apartaos —gritó Juanjo cuando ya era demasiado tarde y el encontronazo estaba a punto de consumarse:

—¡Cuidado!

¡Pafff!

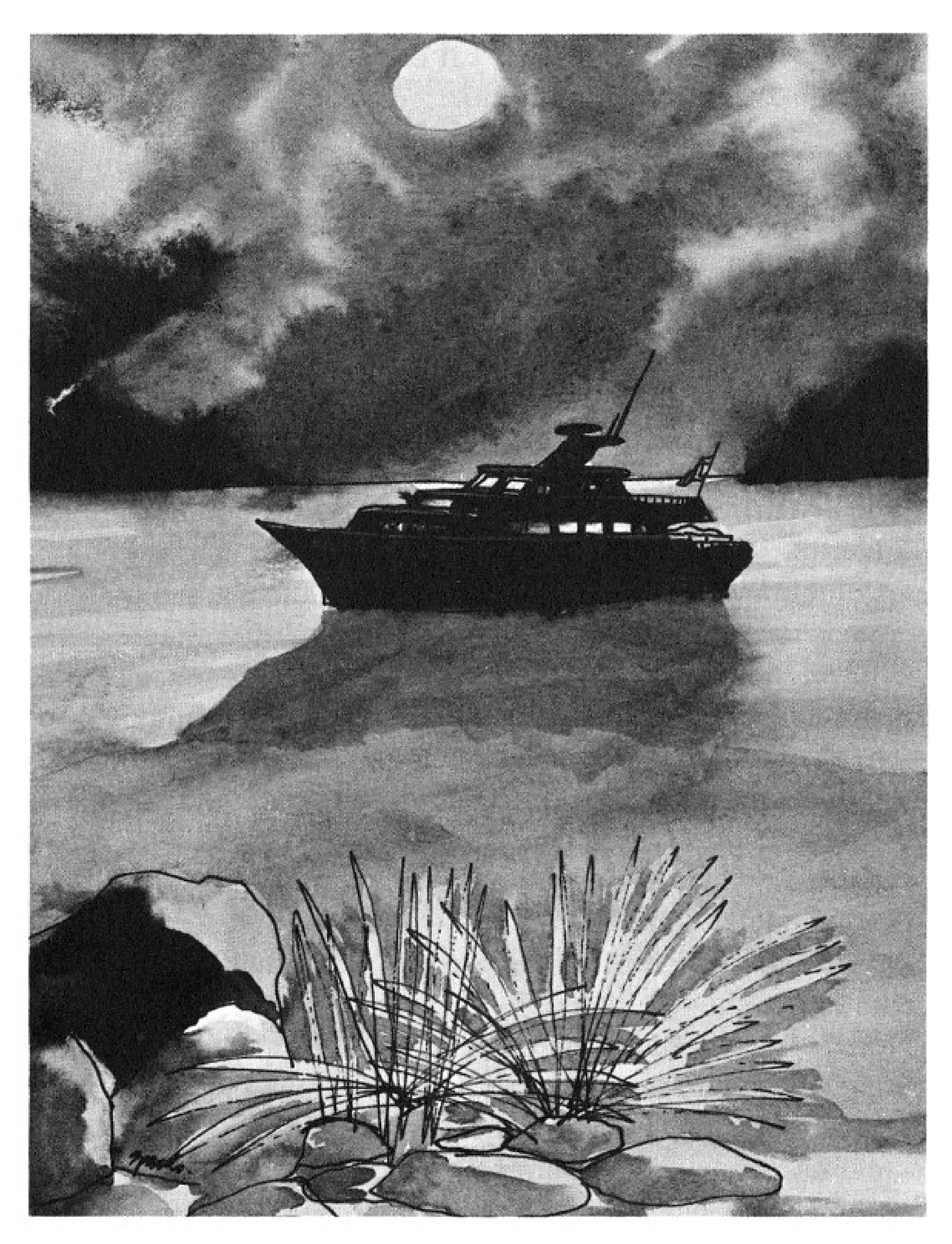
Juanjo, con gran habilidad, frenó su coche en el momento del choque. Pero el golpe lanzó a la furgoneta sobre el acantilado.

Los búlgaros, y los del yate, vieron con estupor cómo el vehículo saltaba por los aires para luego, como en un efecto de cámara lenta, caer parsimoniosamente a las aguas del mar Mediterráneo.

En ese momento, el claxon del coche de Juanjo se puso a sonar desaforadamente. El estrépito era considerable.

—Calla tu coche, ¡maldita sea! —protestó amenazador el jefe de los secuestradores abandonando con sus hombres el barco.

—¡Cállalo tú! ¡La culpa es vuestra! —exclamó Juanjo con un evidente cabreo—. Os avisé: «¡cuidado!, ¡cuidado!».



—¿Y nuestra furgoneta? En el agua.

—Si os hubierais apartado…

—¡Que se calle ese claxon! —dijo alguien desde el yate—. Van a venir de todas partes. ¡Que se calle!

Juanjo levantó el capó, pero en lugar de cortar el sonido puso en marcha una alarma que lanzaba una especie de gemidos intermitentes.

Los búlgaros estaban desesperados. El calvo miraba hacia el mar, por donde había desaparecido su furgoneta. El jefe tiró de él, exigiéndole que hiciera callar el coche del muchacho. Pero era imposible; si el búlgaro paraba el claxon, sonaba la alarma, y cuando conseguía interrumpir el sonido de la alarma, comenzaba de nuevo a sonar el claxon.

El jeque, desde el yate, dio unas órdenes a sus guardaespaldas. Éstos salieron corriendo, riscos arriba, hacia el vehículo. Hablaron acaloradamente con los búlgaros, se insultaron, se empujaron. En un momento se armó un guirigay, pero el sonido no cesaba en la cala del Contrabandista. Hasta que el cabecilla de los hombres armados del yate se acercó al coche de Juanjo y descargó un cimitarrazo, que no era ni más ni menos que un golpe con su afilada cimitarra.

Los cables quedaron cortados. El ruido cesó.

—Y ahora, vámonos rápidamente. Antes de que venga toda la policía.

Las hélices del yate comenzaron a girar. Se soltaron amarras al tiempo que los búlgaros se movían nerviosamente, pues al haber caído la furgoneta al agua, no sabían cómo poder escapar de allí. El emir les concedió permiso para subir a bordo.

—¡Deprisa, deprisa! —decían unos en árabe, otros en búlgaro—. ¡Deprisa, vámonos!

Juanjo comenzó a unir los cables cortados. Al principio creó una interferencia y los faros comenzaron a encenderse y apagarse intermitentemente, como si fueran los luminosos de una verbena. En el fondo esperaba que sus amigos hubieran tenido tiempo suficiente para realizar su labor. Sonrió cuando Ulises le dio una palmada en el hombro.

—Muy bien, ayudante. ¡Súper! Misión cumplida.

—Si no le pegan el tajo, aún continuaría la trompetería. ¿Y el león?

Ulises señaló tras de sí. Charo y Selim se miraron con satisfacción. Luego, lentamente, se apartaron. Allí estaba el león de piedra, con su boca redonda. Los dientes, en otro momento de apariencia amenazadora, ahora parecían esbozar una sonrisa. Los ojos ni siquiera se apreciaban, apretujados por la mueca. ¿Echaría mucho de menos a sus once compañeros?

—Ya te queda poco —le dijo Ulises pasándole la mano por el lomo—. Y ahora vamos a cargarlo en el coche con cuidado. Con mucho cuidado. Todavía nos queda algo muy importante: devolverlo al patio. Tendremos que penetrar en la Alhambra sin que nadie se dé cuenta. Y no olvidéis que está rodeada por la policía.

—¿Qué dirá el majareta ese cuando se dé cuenta de que no tiene el león?

—¡Revolera! —bromeó Charo.

* * *

El *Reina de Saba* avanzaba a gran velocidad sobre las aguas tranquilas. Atrás quedó la cala del Contrabandista. Las hélices giraban y giraban para abandonar cuanto antes las aguas territoriales españolas.

El emir se frotó las manos contemplando la lona bajo la que, creía, estaba su más preciado tesoro.

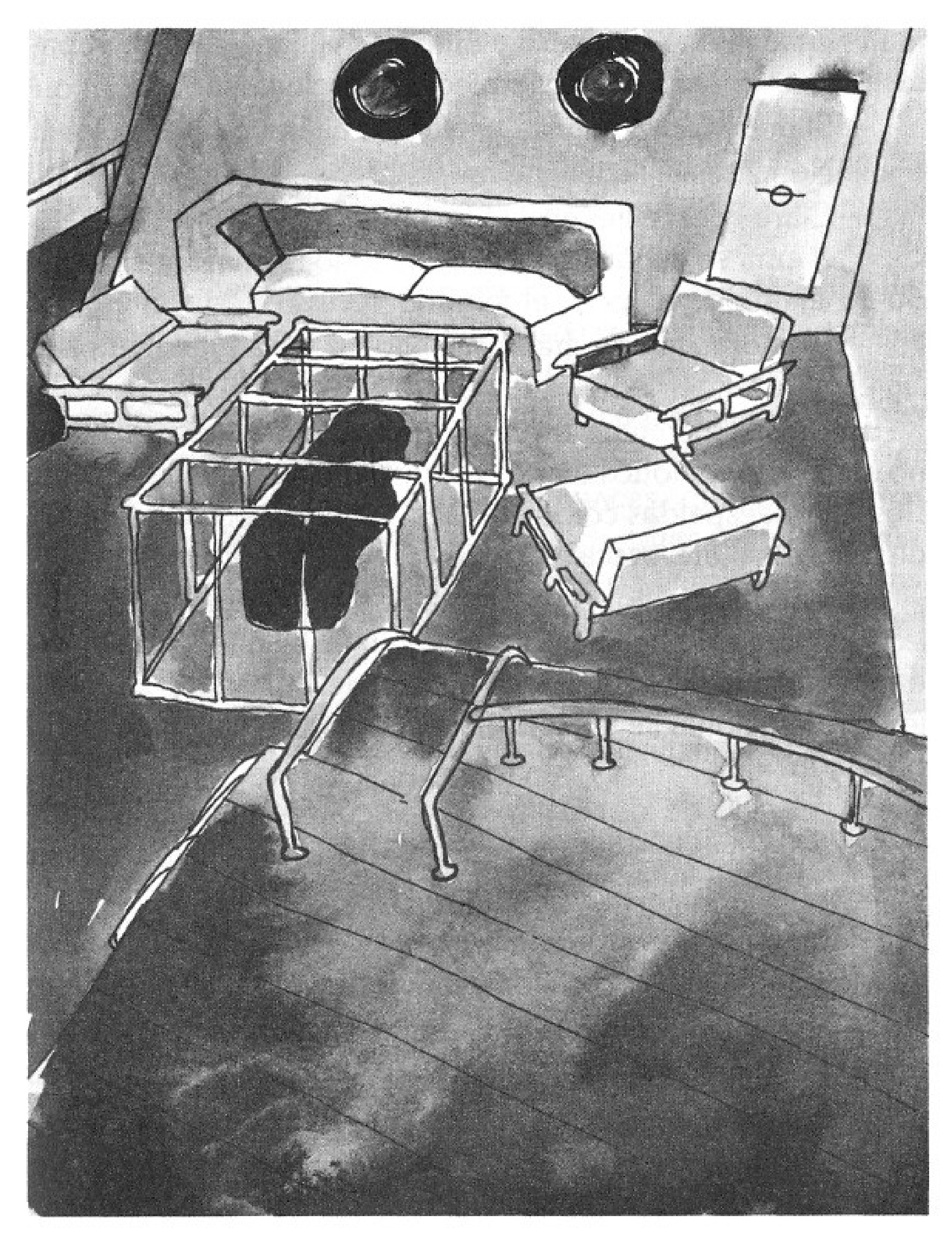
—Cuando el león del islam se encuentre en mi oasis, empezará la reconquista de la Reconquista. Seré el más grande caudillo de los desiertos, uniré África con Europa, y todos, hasta los rusos y los americanos, me pedirán consejo. Cuando yo esté acatarrado, ellos estornudarán. Pondré el precio del petróleo al que me dé la imperial gana. Los nómadas del desierto vendrán a mi palacio y se postrarán a mis pies, suplicándome que los tome a mi servicio. Poseeré el mayor ejército que han visto los siglos. ¡Y mi rugido será escuchado junto a los ríos y bajo las palmeras datileras! Y me temerán los coyotes y las hienas, los mercenarios y los sicarios; me fabricaré una bandera nueva donde aparezcan el león y las palmeras… Claro, no las ciento veinticuatro, sólo algunas.

El piloto se le acercó, y tras una reverencia, agitando la mano de la barbilla a la frente, musitó unas palabras que llenaron al jefe de gozo. Entonces se volvió hacia el cabecilla de los búlgaros.

—Ha llegado el momento. Muéstrame lo que me has traído.

—Pero antes, señor —se atrevió a decir el ladrón—, nos gustaría ver la recompensa.

—¡La recompensa, la recompensa! —repitió el calvo antes de recibir una patada en el tobillo para que se callara.



El emir chascó los dedos y uno de los guardaespaldas apareció con un cofre lleno de piedras preciosas.

—Si preferís oro negro… —sugirió el árabe por si colaba.

—No, gracias, señor, no tengo coche —disimuló el otro.

—Claro, descansa en el fondo del mar.

Y el emir se echó a reír. Cuando todos se rieron, siguiendo su ejemplo, él cortó el jolgorio con un gesto enérgico:

—Y ahora, que ya hemos salido de las aguas territoriales españolas, ¡el león!

Entonces fue cuando se oyó, por primera vez, un extraño sonido que a todos desconcertó. Se miraron unos a otros. Los guardaespaldas colocaron sus armas en posición de ser disparadas si era preciso.

Por un momento, en la mente de todos surgió la pregunta: «¿Y si el león había cobrado vida? ¿Y si la leyenda guardaba algunos misterios todavía sin desentrañar? ¿Y si al levantar la lona se encontraban con un león rugiente y coleando?».

El cabecilla de los búlgaros se acercó y con un gesto autoritario apartó la cobertura, mostrando lo que creía ser su tesoro.

Rápidamente comprendió que algo no funcionaba cuando vio cómo el emir comenzaba a desenvainar su cimitarra.

—Miau… —Maulló tímidamente el gato.

Al calvo se le enternecieron los ojos. Siempre le había caído simpático ese minino; parecía tan solitario, tan necesitado de cariño… Por ponerse a pensar todas esas cosas fue el último en decidirse a saltar por la borda. Casi le cogen. ¿Y qué hubieran hecho con él unos fanáticos defraudados? Lo más probable, picadillo. ¿Le gustaría el picadillo al gatito del emir?

—Miau… —les despidió el felino rayado asomándose por babor, viendo cómo los búlgaros nadaban desesperadamente hacia la costa.

Lo malo era que la costa estaba muy lejos, el yate se había apartado demasiado. Pero bastante cerca se veían unas luces, posiblemente de barcas de pesca que, a esas horas, estaban faenando en busca del boquerón o del calamar. Y además, ¡qué narices!, cualquier cosa era preferible a caer en manos del señor del islam y sus secuaces, que los matarían lentamente, tras infligirles espantosas torturas (tal vez metiéndolos en un pozo del desierto lleno de serpientes de cascabel; o con la cabeza dentro de un nido lleno de arañas peludas…).

Bastaba con imaginarlo para que el calvo y sus amigos nadaran a toda velocidad, como si les persiguiera una manada de hambrientos tiburones.

—Miau…

Y el *Reina de Saba* se perdió bajo la luna, por la línea del horizonte.

El tesoro

CUANDO cerraron definitivamente la puerta del pasadizo secreto, Ulises y sus amigos respiraron aliviados.

—¡Esto hay que celebrarlo! Misión cumplida. ¡Olé, tacatá! —exclamó Charito marcándose unas sevillanas.

—¡Vamos a brindar! —propuso Juanjo.

—No tengo más que agua de litines…

Los amigos de Ulises se llevaron las manos a la cabeza.

—¡Oh, no! Agua de litines, no…

—¡Champaña! —propuso Selim.

—O una copita de fino —añadió Charo.

Ulises tenía el bar vacío. Mejor dicho, no tenía bar; únicamente un mueblecito donde guardaba algunas botellas que se había olvidado de reponer.

—Os invito a cenar, ¿hace? Pescaítos fritos y lo que se tercie.

—¡Ele!

Y todos al unísono comenzaron a cantar eso de: ¡«Es un muchacho excelente, es un muchacho excelente… y siempre lo será»! Selim acompañó la canción con el dulce sonido de su flauta. Ulises llegó a emocionarse.

La cena fue la mar de animada. El grupo estaba contento y reía recordando los percances de la aventura.

—Selim está feliz. El pasadizo es fantástico. Pero podíamos haber descubierto el tesoro de Boabdil.

—Hemos descubierto un tesoro —explicó Ulises al tiempo que blandía el manuscrito de Washington Irving—. Y hemos recuperado otro valiosísimo.

—Y los del barco —rió Juanjo— han recibido gato por liebre.

—Pobre minino, con lo guapo que era…

—Ahora irá camino de Oriente.

—Pero aún nos quedan cabos sueltos.

Todos se volvieron hacia Ulises, que se había puesto repentinamente serio.

—¿Qué?

—¿Cómo?

Ulises dijo algo en voz baja.

Al día siguiente, Ulises se dirigió a la puerta de la fortaleza. Sus amigos, conteniendo la risa, le observaban desde alguna distancia. Un policía impidió pasar a Ulises.

—Está prohibido.

—Sólo vengo a saludar al inspector Macael.

El policía señaló un vehículo oficial, en cuyo interior el inspector mojaba unos bollos en un termo que contenía café con leche caliente. Al mismo tiempo fumaba el final de un cigarrillo. No tenía manos para tantas cosas: termo, bollo y colilla. Además le acometió un ataque de tos, quizá por fumar tan temprano o porque vio a Ulises ahí parado, mirándole.

—Ah, es usted.

Más tos.

—Tengo que dejar de fumar.

—Éste es el momento, inspector. ¿Recuerda su promesa?

—¿Qué promesa?

—Qué mala memoria —Ulises meneó la cabeza de un lado a otro—. ¿No lo recuerda? Me dijo que dejaría de fumar cuando apareciese el león.

—Muy bien; cuando eso suceda, hablaremos —dio una nueva chupada al cigarrillo, del que sólo quedaba casi el filtro y, naturalmente, volvió a atragantarse.

—Adiós, inspector. Hace una hermosa mañana de verano. Muy hermosa. Dese un paseo por el interior de la Alhambra. Está preciosa a estas horas, ¿sabe? Y, además, hasta es posible que deje de fumar. Todo es posible en Granada. ¡Vaya si es posible!

—¡Eh, oiga! —exclamó el inspector saliendo del coche.

Pero Ulises ya se marchaba cuesta abajo.

El inspector vaciló por unos instantes; no sabía qué hacer: si seguir a aquel joven pelirrojo o entrar en la Alhambra. Eligió esto último. Una vez en el patio, no podía creer lo que veían sus ojos. Si el recinto había estado rodeado día y noche por las fuerzas de policía, ¿cómo era posible que el león hubiera regresado? ¿Acaso era un león con alas? El inspector Macael miró hacia el cielo. ¡Alas, eso era! Sin duda habrían utilizado un helicóptero. Pero… si habían utilizado un helicóptero, ¿cómo es que nadie lo había visto ni oído? Ya ajustaría cuentas a sus subordinados. Decían haber estado de guardia, pero seguro que se habían dormido. El inspector Macael no entendía

nada, pero nada de nada. Encendió un nuevo cigarrillo. ¡Al diablo con su promesa! Buscaría a Ulises Cabal, ya que seguramente sabía más de lo que decía. Le interrogaría, descubriría la verdad, aunque fuera lo último que hiciera. Tosió, volvió a toser. El caso era que, si seguía fumando, se moriría, y si se moría, jamás descubriría el misterio del león de piedra. Tiró el cigarrillo y lo aplastó con la punta del zapato antes de encaminar sus pasos hacia la librería *El Secreto*.

* * *

Ulises estaba a solas con su tesoro. El borrador manuscrito de los *Cuentos de la Alhambra* se conservaba en bastante buen estado, pese al tiempo y al trato de que últimamente había sido objeto.

—De momento no puedo comunicar a nadie mi descubrimiento. Esperaré un poco, hasta que pase todo este revuelo del león. Seré el asombro de los anticuarios de todo el mundo. Menos mal que los ladrones fueron torpes y lo dejaron caer en el pasadizo… —se decía al tiempo que encendía una de sus varillas de sándalo.

Con delicadeza despegó las hojas pegadas por la humedad. Lo hacía con mucho cuidado para que las letras no se borrasen. Al principio sintió una gran decepción cuando aparecieron dos páginas completamente en blanco. Pero luego se dio cuenta de que parecía como si nunca se hubiera escrito nada en ellas.

Con la lupa en una mano y el libro en la otra, Ulises se acercó a la luz. La voluta de humo del sándalo revoloteó haciendo una especie de espiral, para, definitivamente, acariciar la página que Ulises tenía ante sus ojos. Y entonces se produjo algo mágico: sobre el blanco papel comenzaron a aparecer líneas, puntos, letras.



—Hay algo escrito con tinta secreta.

Las palabras, celosamente ocultadas, ahora comenzaban a desvelarse al entrar en contacto con el humo.

Pero también había dibujos que representaban objetos, líneas que indicaban caminos y números que tal vez se referían a cifras concretas.

Aquello era el plano de un tesoro oculto y también la forma de descubrirlo, que Ulises tradujo del inglés:

> *… Un tesoro aguarda al que sepa descifrar mi mensaje. Aquí tienes la solución. Pero no confíes en nadie, si no quieres perder todo lo que estás a punto de conseguir. Que tu boca esté sellada. Presta atención: la clave está en…*

Ulises no pudo seguir leyendo por el momento, porque la puerta de la calle se acababa de abrir. Alguien, con quien no debería hablar, estaba entrando en la librería. El tesoro tendría que esperar… y con él una nueva aventura, un nuevo secreto, un nuevo misterio.


ala delta
Ulises CABAL
EL MISTERIO
DEL LEÓN DE PIEDRA
Lectulandia